

EL ULTIMO LUNES



BIBLIOTECA NACIONAL



0581549

LUIS CORNEJO

BBF 7741

10 (176-59)

LUIS CORNEJO

**EL
ULTIMO
LUNES**

NOVELA

Santiago de Chile
1986

A mi Padre

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY
OF THE CITY OF
SAN FRANCISCO

El viento y la lluvia azotan el rostro convulsionado de Manuel. Tose afirmando su espalda contra un muro de su casa. Siente que cae vertiginosamente en el vacío, que de sus ojos salen miles de chispas; que su cuerpo se va a desintegrar. Suplica:

“Dios mío, para esta lluvia crestone. Tengo que ir a trabajar para alimentar a mi familia y ya somos ocho con la nieta... el descuido de la Rosa... y yo estoy tan cagao. Ayer no más conseguí ese trabajo. ¡Tiene que dejar de llover por la mierda! Ayer no más, ayer martes, me decía el jefe de la fábrica mostrándome la piscina:

“—Esa es la gran piscina maestro. ¿No le parece una hermosura?

— Me parece... me parece jefe.

El jefe siguió hablando jactanciosamente, como si él fuera el dueño del gran estanque y lo fuera a gozar junto a exuberantes mujeres y coloridos tragos y refrescantes bebidas:

—Tiene más de ochenta metros de perímetro y hasta seis metros de profundidad. Y todo con azulejos verdes”.

El dolor lo va soltando lentamente. Logra controlar su respiración. El viento helado lo hace contraer más aún las innumerables arrugas de su rostro moreno estragado. El hombre grita al cielo:

— ¡Hasta cuando mierda llueve! ¡Hasta cuando mierda llueve!

Camina unos pasos y se apoya en la puerta de la cocina. Respira por la boca con los labios abiertos, anhelantes, con la garganta reseca, fatigado como si hubiese corrido kilómetros y kilómetros sin parar. Toma un jarro, lo llena con agua y bebe como zorro perseguido.

Los truenos, los relámpagos, el viento huracanado y la lluvia furiosa retumban en las latas del techo de su casa y amenazan destrozarse puertas y ventanas. Casi no ha dormido. A duras penas se ha levantado, sigilosamente, para no despertar a Julia, y se atrevió a salir al patio y allí lo agarró la tos.

Deja de beber y pone unos leños en la cocina de ladrillos y rocía con un poco de parafina y le acerca un fósforo encendido. Las llamas brotan rosadas y ponen notas de cálido color en sus entumecidas mejillas. Vuelve a mirar los estragos que está haciendo la tormenta en la vecindad. La vieja carreta de Efraín, su vecino más inmediato, estila agua por sus cuatro costados. Los caballos, bajo el estrecho cobertizo, pretenden, sin conseguirlo, entrar en calor. Relinchan, patean, por sus narices lanzan chorros de vapor, las costillas hondean los viejos cueros cicatrudos de los animales. A la espalda del viejo comienza a llegar el reconfortante calor que les envían los leños.

“Gracias a Dios todavía tengo un poco de leña de espino que fui a buscar en el verano al cerro con el Lucho y las chiquillas... Total estaba sin pega y fueron días muy calurosos y bonitos esos que pasamos en el cerro cortando espinos... Efraín fue a buscarnos en su carreta. Efraín es un buen vecino. Claro que hoy día va a cagar, porque cuando llueve así no puede salir a trabajar. Maldita lluvia. Hasta ayer, casi no había llovido y ya todo el mundo decía que teníamos otro año seco. Pero el frío, el más cruel enemigo de mis pulmones, siempre me ha estado fregando desde que empecé el otoño. Y la escarcha ha caído calladita todas las noches. Y ya son varios los muertos que han encontrado tirados en las calles o apegados a las puertas de las casas”.

Luis entra en la cocina y lo observa con inquietud. Siempre ha tenido una gran comunicación con su padre. Parecía como si lo traspasase al igual que rayos X. Luego dice:

— ¡Miren que aguacero! ¿Hace años que no se dejaba caer uno así, no?

— Así es no más...

— Espero que el domingo no llueva...

— Que importa si llueve o no llueve el domingo. ¡Es ahora cuando debe parar esta lluvia maricona para trabajar y así tener plata el fin de semana. Si llueve el domingo me importa un ajo!

— Pero no a mí, pues...!

— ¿Y por qué...?

— Porque no todos los domingos cumplo diez y ocho años, pues...

— ¡Ah...! ¡Eso...!

— ¡Sí...! ¡Eso...!

— Perdona hijo... Tú sabes que nunca he olvidado tus cumpleaños, pero... ahora...

— Te entiendo... te entiendo... Pero de todos modos yo voy a revolverla de lo lindo el domingo con la Corina.

— Y te lo mereces... te lo mereces... y es lo que más yo desearía... Que fueras muy feliz con tu muchacha... Te lo juro, Lucho... te lo juro... Tú eres un gran muchacho... un gran muchacho y mi mejor amigo... Qué no daría yo para que fueras muy feliz en el día de tu cumpleaños.

— Gracias viejo... gracias... Eres puro corazón...

— Pero con qué vas a celebrar esos diez y ocho primaveras, si este temporal de mierda no los deja trabajar —Manuel abrazó tiernamente a su hijo y le dice con tono amargo— Lo siento chiquillo, pero San Isidro no quiere nada con nosotros.

Luis devolvió esa ternura, acariciándole los canosos cabellos mojados.

— Gracias... gracias viejo... Pero ese tal Isidro no me va a huaniar mi fiesta del domingo. Para empezar tengo a la Corina. Ella, ya es una fiesta...

— Me alegro por tí... me alegro. Yo también aprecio a esa chiquilla. Hacen una linda pareja. Pero, por ahora, es mejor que no formen pareja o casarse... recuerda que el próximo año tienes que hacer el servicio militar.

— Sí es verdad... Claro que si me caso, la libreta de la carne, me libraría del regimiento...

— No siempre... no siempre...

— Es verdad... y ahora son dos años... dos años perdidos... En fin ya veremos. A lo mejor me caso no más iy que fue...!

Luis ríe fuertemente ante ese desafío que se está planteando. Manuel vuelve a colocar otros leños en la cocinilla. Luis observa los charcos que rodean la casa y que crecen amenazantes. Se saca los zapatos y se arremanga los pantalones. Respira hondo y con decisión toma una pala y enfrenta la tormenta. Con juvenil energía comienza a hacer una zanja. Se ha propuesto que las aguas corran hacia la calle u otro maldito lugar y así eludir que entren al interior de la casa. Trabaja rápido para evitar que el agua que le cae por el espinazo, baje por la canal maestra y le moje los testículos.

Manuel lo mira trabajar mientras recibe el calor de los leños en su espalda. Vuelve a recordar la conversación de ayer con el jefe:

“Y cuando voy a empezar a colocar esos lindos azulejos, jefe?”

El mandamás lo mira con cierto aire de contrariedad. También detiene la llave de la camioneta que ha jugado coquetamente entre sus dedos. Sus labios, duros y blanquizcos, expelen palabras duras:

— ¡Calma maestro...! ¡Calma y tiza...! No me gusta que me presiónen...!

— Yo no he querido ofenderlo, mi señor... sólo...

— Usted sabe maestro que nosotros no lo conocemos. Esta piscina tiene que quedar muy bien hecha.

— Por supuesto, jefe...

— Esta es una mansión de una persona muy impor-

tante.

No podemos meter la pata aquí...

— Por supuesto... Confíe en mí no más. Yo soy azulejero de primera...

— Eso dicen todos y después las huevaás quedan como las huevas... Empiece por colocar las baldosas de mármol reconstituido de cuarenta por cuarenta en la cocina-repostero, en las terrazas y los baños y luego veremos... Si usted es un buen baldosero, entonces le entrego la piscina...

— Pero si yo he azulejado muchas piscinas como ésta.

— En todo caso eso se hará al final! Demuestre que es un buen baldosero y estamos al otro lao. Ya le dije que el dueño de esta mansión es un cliente muy importante para nuestra firma. Si llega a quedar algo mal hecho el Gerente nos vuela la raja a usted y a mí!

— Conmigo puede estar seguro. Sí... Yo soy maestro de primera, desde hace treinta años. Yo fui el mejor maestro que tenía don Alberto Lamartine... Pero al hombre lo reventaron los bancos y tuvo que arrancar fuera del país y claro yo también cagué... quedé cesante. Por favor... necesito colocar estos azulejos... Le juro que necesito este trabajo. Mire... para que ustedes me conozcan, yo me voy a reventar trabajando, recontra cuidadosamente... Le juro que usted va a quedar recontra contento.

— Ya veremos... ya veremos maestro. Por ahora empiece a trabajar mañana mismo. A primera hora yo voy a venir a controlar su trabajo''.

Manuel decide investigar las goteras en el interior

de las habitaciones. Prende una pequeña lámpara a parafina y con la escasa luz que le proporciona, empieza a buscar las manchas de agua. En el centro de su dormitorio caen tres goteras. Allí pone un gran tarro que las recoja. Inmediatamente se inicia un canto metálico. Otra gruesa gotera trata de perforar la vieja madera de la cómoda. Allí chanta otro tarro, que inmediatamente acusa la caída de la gota. Manuel dice a Julia que está en la cama:

— Todavía sirve esta vieja cómoda que le compré al judío de la calle San Pablo... en seis meses se la pagué. Entonces todo era más fácil. Ahora nadie me da crédito. Piden avales, pega fija, colillas de sueldo y un sinnúmero de cuestiones más. Todo era más fácil entonces. Mira hacia la cama donde Julia se dispone a levantarse.—Ese viejo catre de fierro me lo dieron en parte de pago, por un embaldosado que hice. El patrón lo tenía botado en el garage. Estos ricos desgraciaos siempre tienen cosas abandonadas... y uno que necesita tanto... Voy a tener que pintarle las patas... ya están oxidadas. Y es bien bonito el catre con tantas huevaditas que le colocaron: redondelas... florcitas... hojitas. Cuando le sacas brillo a los bronces se ve muy lindo. Ahora están de última moda estos viejos catres de fierro y bronces. Cuantos años que dormimos en él?

— Unos diez por lo menos... Sí... porque lo trajiste cuando todavía le estaba dando de mamar a la Ester...

— Entonces ya van para los catorce... Porque la Ester ya cumplió los catorce años...

— Así debe ser, pues... ¡caramba como pasan los años!

— Así es no más... Si seguimos en la miseria voy a tener que venderlo. ¡Puchas...! El pobre nunca puede tener espuelas de plata!

Julia, sentada en la cama, con los pies en el suelo, trata de colocarse la segunda media de algodón para que ésta tape los hoyos de la primera. De vez en cuando suspende esa tarea para rascarse las costillas. Manuel le pregunta:

— Sobre la cama, ¿cae alguna gotera...?

— No, afortunadamente. ¿Todavía está cortada la luz que andai con la lámpara a parafina?

— Siempre que llueve a la compañía de electricidad se le mojan los tapones. Una vez hice un trabajo en la casa de uno de los gerentes de la compañía. ¡Cómo vivía el huevón! Tremendo auto. Tremenda casa. Empleadas domésticas, chofer y auto para la señora. Pero cuando llueve el servicio se va a la cresta...!

Manuel va a la pieza contigua. Sus cuatro hijas duermen en las dos únicas camas existentes, una para arriba y otra para abajo. En una de ellas Alicia de quince años y a los pies María de dieciséis. En la otra duermen Rosa de diecinueve y Ester de catorce. Avanza inspeccionando las camas y el piso para detectar filtraciones. Sobre la cama de Rosa se cierne el peligro, pero más que en ella, en la cabecita de la nieta que duerme en los brazos de su madre. Sus pupilas se detienen en ese rostro minúsculo. Las arrugas del viejo parecen estirarse y sus facciones resplandecen. Una sensación de ingravidez recorre todo su cuerpo. En cuclillas, durante unos instantes, mira absorto esa carita morena que respira pausadamente. Con infinta delicadeza toma ese disminu-

to cráneo, envuelto en leves pelillos negros y lo aleja de las heladas gotas de lluvia que caen a escasos centímetros. Lo acaricia suavemente con las agrietadas yemas de sus dedos resecos. Al percatarse que la madre va a despertar, retracta los dedos, esconde su dulzura y remece a la mujer con brusquedad, gritándole:

¡Rosa...! ¡Rosa...! ¡Despierta mierda...!

Rosa abre los ojos con espanto y va a lanzar un grito, pero al reconocerlo, pregunta:

— ¿Qué pasa...?

— ¡Levántate jetona...! Hay que correr la cama. Si no, se va a mojar tu cria...

Rosa agradece ese gesto, pero él no quiere ablandarse y se aleja de allí. La mujer corre la cama lo suficiente para alejar a su hija del peligro y se desliza por entre las sábanas sin dejar de mirar a tan querido recuerdo de su amante:

“Recién soñaba con tu padre, preciosa. Gozaba sus besos. Sus cálidas manos, su exitante lengua, sus mordiscos, su transpiración, su semen... ese mismo rico semen que te hizo. Y por fin se introdujo en mí y yo grité y grité y volé y volé por los espacios. Que feliz me hace tu padre... Es decir me hacía feliz... Tú nunca vas a conocerlo. El es casado con otra mujer y tiene otros hijos y se fue muy lejos... muy lejos con ella... ella. ¡Cómo la odio! Sabes amor... tienes tres medios hermanos... Pero tampoco los vas a conocer... No importa... tal vez algún día te consiga un padre y otros hermanos... No se preocupe mi linda... algún día tendrá hermanos con quien jugar y pelear... ise lo prometo!”

Después de revisar el pequeño dormitorio de Luis y

colocar una media docena de tarros, Manuel ha vuelto a la cocina y cuelga en un gancho la lámpara a parafina. Esa mortecina luz acentúa más aún, con tonos dramáticos, ese rostro que denuncia la inminente caída al abismo del cual no se vuelve.

Julia llega a la cocina y observa como Luis batalla contra las aguas. Este dá por terminado lo que se propuso y entra a la cocina, estilando de los cabellos a los pies. Deja la pala parada en un rincón y acerca sus entumecidas manos al fuego. Rosa también llega a la cocina y exclama:

— ¡Mierda, que diluvio!

Nadie la acompaña en su comentario. Todos guardan silencio. Mira con desazón las casas del vecindario. Dice con timidez:

— ¿Póngo la tetera para el desayuno...?

— No. No hay desayuno...! — No hay plata y tu padre no saldrá a mojarse con este aguacero...!

Durante unos minutos sigue el silencio agobiante. Sólo se escucha la lluvia, los truenos lejanos y el viento que no perdona las techumbres y maderas mal clavadas. Por fin Luis se atreve a decir lo que tanto ha pensado y repensado, desde que se levantó:

— Déjeme a mí empezar ese trabajo...

— ¡Yo tengo la responsabilidad. Yo tomaré los niveles!

— Pero si yo también sé tomarlos...

— Yo colocaré la hilera maestra...

— También sé hacer eso...

— ¡Yo soy el maestro! ¿Entiendes...?

Julia intercede:

— ¡Eres más porfiao que una mula! ¡Ya están re-
contra resfriaio y si caminas bajo esta lluvia de aquí a
donde pasan los buses, te vas a la mismísima mierda!

— Crees que soy de azúcar que un poco de agua me
va a desplomar ¿Olvidas que yo nací y me crié en el sur...
allá en la cordillera... en Licanray, donde llueve hasta en
verano. ¡Y allí si que llueve,, pues! Eso sí que es llover.
Esto... esto es pura agüita.

— Eso sería cuando eras huaina. Ahora el viento de
esa zona te arrastraría de poto. Yo no permitiré que sal-
gas a mojarte, así nos muramos de hambre.

— ¡Prometí empezar hoy...! ¡Se lo juré al jefe!
Además que necesito comenzar hoy mismo para tener
plata el viernes. Y sólo puedo trabajar hoy día que es
miércoles y mañana que es jueves, porque mañana jue-
ves por la tarde, va el jefe a medir y de acuerdo con lo
que tenga hecho me ponen en la nómina de pago. Lo
que haga el viernes queda para la próxima semana.

— ¡Eso ya lo sabemos... siempre es igual! ¡cuénta-
te algo nuevo...! ¡No te dejaré salir...!

— Eres mi mujer y no mi madre, para que me
vengai a mandar!

— Yo puedo empezar por lo más fácil, no sea usted
porfiao.

— Es que no se trata de ser porfiao, chiquillo, sino
que así debe ser la cosa. ¿No ves que en algún momento,
durante el día, va a ir el jefe a ver si fui o no fui a traba-
jar. Y si no me ve... no le va a gustar. Así que tengo que
ir yo. No hay otra salida.

Julia vuelve al ataque:

— Es que si vas, ite vai a enfermar mucho más!

- Yo también estoy de acuerdo con eso.
- Yo creo lo mismo. No pongo la tetera al fuego.
- Claro, no debes salir...
- Todos estamos de acuerdo.

- ¡Cállense por la misma mierda! ¡Todavía llevo los pantalones en esta casa! ¡No lo olviden! ¡No lo olviden! Estaré enfermo, recontra cágao, ¡pero no permitiré que me falten el respeto, por la gran puta!

Manuel tiembla de ira. Respira con dificultad. Todos guardan silencio. Julia contiene las lágrimas. Luis apreta las mandíbulas. Rosa maldice la lluvia. Para Manuel todo el entorno es deprimente: las casas destilando agua, las gallinas mojadas, los árboles mojados y sin hojas como mensajeros de la muerte. Sólo un leve olorcillo a tierra mojada y pasto mojado le es agradable y trae lejanos recuerdos de su infancia. El hambre le apreta las tripas y llena de saliva su boca; saliva amarga. Lanza un escupetajo al piso. Patea con rabia las baldosas y dice iracundo:

- ¡A la mierda! ¡El pobre siempre debe sacrificarse... ¡Rosa, anda donde la Hortensia y dile que hoy mismo empiezo un trabajo y que tendrá plata el viernes por la noche y que me fie! ¡Y que no me diga que no me va a fiar, porque soy capaz de ir al boliche y molerle el culo a pataás!... ¡Trae pan, azúcar y té para el desayuno... también dos huevos y cuatro torrijas de mortadela para llevar unos sanguches a la pega. Anda... muévete, ya... ¡Yo te lo ordeno, no!

Rosa se cubre la cabeza con un chal, toma una bolsa de plástico, y se encamina al almacén. Manuel la detiene gritándole:

— Trae leche en polvo para tu hijita.

Rosa lo mira a través de la cortina de lluvia con sus brillantes ojos negros y agradece emocionada esa orden. Ahora corre alegre, esquivando charcos, saltando de un ladrillo a otro ladrillo, de una piedra a otra piedra, como si de repente hubiese salido el sol.

SEGUNDO CAPITULO

Manuel abre su cajuela de madera, pintada de color café y examina nuevamente sus herramientas: cuatro planas de diferentes tamaños, varios cinceles, dos hachuelas, una pequeña maceta y un martillo, una tenaza para cortar azulejos y mosaicos, una llana para afinar soleras y gradas, un nivel y varias cuerdas de algodón.

Luis, pone en el bolso, donde llevan la comida a la construcción, los sandwich de mortadela, los huevos cocidos, el azúcar y el té, más dos tarros choqueros y dos cucharas soperas. En otro gran bolso de plástico mete dos pantalones viejos, dos camisas y dos chombas de lana, de esas que teje Julia. Son sus ropas de trabajo y están condecoradas con manchas de cemento, yeso y tierras de todos colores.

Julia llega hasta donde está Manuel, con un gran plástico de muchos colores y variada propaganda. Se lo muestra ufana y le pregunta:

- ¿Qué te parece?
- ¿Qué es eso?
- Un impermeable para tí. Abrí varias bolsas de

de plásticos y las cosí.

— Eso ya lo veo, mujer...

— Póntelo...

— Estás chiflada... Se van a reír de mí...

— Andando yo caliente que se ría la gente.

— Estás loca si crees que me voy a chantar eso...

— No seas pretensioso. Mira, te lo pones en la espalda así. Te cubres la cabeza así. Te lo amarras al cuello así y te lo aprietas a la cintura así. Ves... ¡Así no te entran balas...!

— El viento me lo va a destrozar en un minuto.

— No lo creas. Yo sé coser muy bien el plástico.

Lo importante es que no te mojes la espalda y la cabeza.

¿Te parece Lucho?

— Me parece, vieja.

— Claro, vo siempre estai dándole la razón a ella.

Esto de llegar a viejo y estar apolillao más encima. Ya nadie lo respeta a uno.

Manuel se mira en el espejo de la cómoda y dice:

— ¡Miren! ¡Si parezco un espantapájaros. Yo no me pongo esta huevaá!

— No sean pretensioso

— Pero... ni los vagos andan así cuando llueve.

— Cuando subas al bus te lo sacas —le aconseja Julia— y lo guardas por si sigue lloviendo cuando te bajes de él.

— Pero por la mierda, mírame... mírame...

— No reclame tanto. Usted sabe que lo hago por su bien.

— ¡Pero si me van a comer a tallas...!

— No les haga caso. Vaya como vaya usted siempre

es un viejo muy lindo y yo lo quiero mucho y ay del que se ría de usted... le saco los ojos...

— Pero...

— Y yá déjese de huevaás y váyase de una vez, o lo tiro a la cama y no lo deajo salir en todo el día.

— Me gustaría vieja... me gustaría... Pero tengo que ir a ganar unos pesos.

Julia lo besa y abraza. Suenan los plásticos. Manuel responde ese beso con empeño. Se miran a los ojos y sonrén.

— Chao...

— Chao...

Padre e hijo enfrentan el frío, el viento y la lluvia tranqueando cabeza gacha, con el hombro izquierdo hacia adelante, como quilla rompiendo las olas. ¿Qué pasa dos cuadras más adelante...? ¡Sepa el diablo! De una cosa sí están seguros: deben caminar con energía y decisión. La lluvia retumba en los plásticos que cubren la cabeza del enfermo. Este reclama:

— Putas que hace frío, chiquillo. ¡Viento maricon, no me arranquí los plásticos! ¡Huay! Casi me caigo. ¡Barro de mierda! Qué lástima que el trabajo esté tan lejos del metro y tengamos que tomar ese maldito bus que nos deja en la puerta de la construcción. Y para llegar a donde pasa esa micro tenemos que caminar estas malditas cuadras sin pavimentar... mira, puro barro.

— Pero podíamos haber tomado el metro de todas maneras y después en Providencia tomar la otra micro y así andaríamos sólo tres cuadras y pavimentadas.

— Sí, eso también es cierto, pero no tengo plata para pagar doble movilización, así que tenemos que mo-

rir en la rueda no más. Maldita sea mi suerte... Cuando construyan casas en estos potreros, tal vez pavimenten estas calles y hasta es posible que pasen buses y micros por aquí. Sí eso sucede, nos va a servir a nosotros, para que no caminemos por el barro... y la tierra en el verano.

— Así es no más, viejo... Pero eso quizá para cuando va a suceder!

— Hay que tener paciencia, chiquillo.

— ¡Eso nos sobra!! Putas que somos pacientes los chilenos.

— Ser paciente es una gran cualidad, Lucho.

— Sí. Pero a veces es ser huevón también...!

Manuel levanta un poco la cabeza y mira hacia adelante y hacia los costados. Los cerros y los árboles lejanos, que ellos conocen muy bien, han desaparecido en la bruma acuosa. Luis lo detiene bruscamente. Un chorro de aguabarro le cubre la espalda. Los plásticos resisten la embestida. Un jeep a toda velocidad se aleja de ellos dando tumbos y tumbos de charco en charco y sus ruedas vomitan agua y barro a diestra y siniestra. El viejo lo maldice gritando con los puños cerrados:

— ¡Desgraciao...! ¡Hijo de puta...! ¡Ojalá te dieras vuelta por maricón!

Manuel se repuso del susto y la ira. Tose y se refugia en sus pensamientos mientras sigue caminando:

“Voy a llegar a tomar la micro con los zapatos como sopa y con tres capas de barro. Las tripas empiezan a dolerme de puro frío. Estoy viejo. Estoy como perro apaliao. Y los médicos que no pueden sanarme. Todavía recuerdo al cachetón que fui a ver con esa tarjeta que me dió el patrón al cual le hice unos remien-

dos. Entré al consultorio. Puta la huevaá elegante. Casi no me atrevía a pisar las alfombras azules, temía que se fuera a enojar porque la pisaba con mis zapatos rotos y manchados con cemento. El viejo me recibió con un gesto como si recibiera a un ratón hediondo. Me indicó una camilla y me revisó los sopladores y el corazón. Después sus labios rojizos y gruesos me ordenaron:

— ¡Abróchese la camisa...!

Recuerdo que me levanté como pude y me senté en la orilla de la camilla, me abroché mi camisa, que en ese lugar tan elegante y limpio, me pareció una gran porquería. Tosí un poquito y le pregunté sin subir mucho la voz para que no se fuera a disgustar.

— ¿Cómo me encuentra...? ¿De qué estoy enfermo...?

El médico suspiró fastidiado. Se revolvió en su asiento y jugó un rato con ese aparato que le pone a uno en pecho para escuchar los latidos del corazón. Me dijo:

— Bien... bien mijo..., usted va a tener que tener mucha paciencia y va a tomar un largo descanso...

— ¿Qué quiere decir...?

— Va a tener que dejar de trabajar por un largo período, señor.

— Eso es muy fácil doctor... si casi no hay trabajo.

— Y debe cuidarse mucho. Usted necesita medicinas, descanso y sobretodo sobrealimentación.

— ¿Sobrealimentación...? ¿Qué es eso...?

— Usted sabe pues mijo, carnes... huevos... leche... ¿Qué edad tiene...?

— Voy para los cincuenta...

— Y tiene libreta de seguro, supongo...?

— Sí. Desde hace treinta años...

— Vaya a un consultorio, con su libreta y lo atenderán gratuitamente.

— Los doctores del seguro son como grasa de caballo.

— Usted tiene que ir a un sanatorio por un largo tiempo. El Seguro le dará una pensión...

— No me haga reír doctor... esas pensiones son para morirse de hambre... tengo que alimentar ocho bocas... Usted, no me puede dar una receta que me alivie?

— No es cosa de una receta más o una receta menos. Usted necesita costosos exámenes. Hay que determinar hasta dónde están comprometidos los pulmones, el corazón y hasta un posible cuadro canceroso. ¿Sabe cuánto cuesta una sola radiografía...? Y usted necesita varias...

— Es que la libreta no está al día... con la cesantía de ahora... Usted sabe como son los funcionarios del Seguro. Frente a ellos uno parece un pajarraco sin plumas.

— No importa que no tenga la libreta al día, acójase entonces a la indigencia. Tienen que atenderlo...

— Parece que usted doctor no sabe como está la cosa en los consultorios populares...

— Si lo sé. Pero ellos harán por usted mucho más que yo. Vaya... y no hable mal de los colegas que trabajan allí. Hacen milagros con los escasos medios que disponen.

Total que salí de ese elegante consultorio más cagao que cuando entré”.

Un fuerte bocinazo lo trae a la realidad. Un gran camión le comunica su presencia. Manuel se hace a un lado para que avance el vehículo. Un pioneta le grita alegre:

— ¡Cuánto le pagan, viejo, por hacer propaganda!

Manuel le hace manzanitas. Luis les lanza unos garabatos y siguen su fatigoso camino. El viejo se vuelve a meter en sí mismo:

“El pioneta debe tener razón. Caminando con estos plásticos apegados a mi cuerpo, que meten esta bulla maldita, debo parecer un espantapájaros aporriado por la tormenta. Un trago de aguardiente me hace falta. De ese rico aguardiente del sur. De Licanray donde yo nací. A los pies del volcán Villarrica. Allí no se forma este barro pegajoso cuando llueve. Claro que esas tierras son tierras volcánicas... puras cenizas que arroja el volcán Villarrica... Allí el agua casi desaparece inmediatamente. Y el viento... ese sí que es viento... arranca los árboles de cuajo. Y la nieve... y cuando nieva... todo es blanquito... nieve blanquita que cubre los caminos, los cerros, los árboles y los techos de las casas. Y eso me hace correr y correr por los cerros y las pampas y respiro a todo pulmón y grito y grito para escuchar mi eco en las quebradas de los cerros y reír y reír, porque soy feliz y tengo diez y ocho años... Y corto robles con el hacha que me entregó el patrón... y qué ricos olores saltan cuando doy el tremendo hachazo y saltan las astillas y sudo por todos mis poros y me revuelco en la nieve, la como, me la restriego por la cara y salto de feli-

ciudad... ¡Y ahora mírenme...! Soy un espantapájaros de plástico que se lo lleva un mísero viento capitalino.

Por Dios que fuí huevón en venirme a la capital. Miren... Miren... miren en lo que estoy convertido.. en un monigote de bolsas de plástico''.

Enfrenta un gran charco que divide en dos partes esa callecaminó. Avanzar: significa meterse al agua sin apelación. Retroceder: caminar otras tantas cuádras en busca de otras calles donde es posible encontrarse con otra poza de iguales o mayores proporciones. Luis decide tomar el toro por las astas. Se arremanga los pantalones hasta las rodillas y se saca los zapatos, se los cuelga al cuello y dice.

— Vamos a tener que jugar a los caballitos, viejo... Anda sube a mi espalda.

— Déjate de payasadas, chiquillo...

— Anda sube. Acuérdate de cuando eras niño.

— No jodas... de tres saltos llegó al otro lao...

— ¡Usted ya no está para pegarse ningún salto, ñor!

— Eso crees tú... Vas a ver...

Manuel retrocede para tomar impulso. Luis lo detiene:

— Pare... pare, ñor! Mire que se va a caer de poto... Déjese de payasadas. Súbase a mi espalda... ¡No sea burro! Vamos súbase... ¡Upa!

Manuel obedeció, aferrándose al cuello de su hijo.

Los pies de Luis se deslizaban lentamente por el fondo oculto, hundiéndose hasta las rodillas.

— ¡Puchas que estás flaco, viejo! Pareces hoja seca. Uno de estos días te voy a llevar al consultorio periféri-

co para que te revisen de arriba a abajo.

— ¡Qué van a revisar ésos...! ¡Me estuvieron tirando de un lado para otro como tres meses y ná. Acaso no lo recuerdas. Tu mismo me acompañaste varias veces.

— ¿Y no piensa volver...?

— En veinte días tengo hora para que me tomen una radiografía a los sopladores. Ojalá lo hagan...

Más de una vez estuvieron a punto de irse de cabeza a la poza. Pero Luis se comportó como experto baqueano, detectando las piedras donde afirmarse. Lo único que temía era encontrarse con un pedazo de vidrio, una lata oxidada o la punta filuda de algún fierro. Manuel trataba de ser lo más liviano posible y no toser. Esto último era lo que más le preocupaba, pues de hacerlo podría desestabilizar al muchacho y caer ambos en el lodazal. El charco tendría unos diez metros de ancho y había que aguantar. A cada momento le era más difícil no hacerlo. Su rostro ya empezaba a amortarse, cuando Luis dijo por fin.

— ¡Ya! ¡Ya llegamos! Ahora a bajarse. Se acabó la jugarreta...

Llegaron a la calle pavimentada, donde pasaba el bus y se cobijaron en el refugio del paradero de la movilización colectiva. Luis dijo alegre:

Ya hicimos lo peor... Ahora me pongo mis zapatitos y a esperar el bus que nos lleve a Los Domínicos. ¿Allí está la pega, no?

— Sí. En el Camino del Alba.

— Allí, en esa calle, ¿no trabajamos hace como un año?

— Sí. Pero esta mansión es un poco más arriba. Pero el bus nos deja en la misma puerta.

— Menos mal

— Claro que antes de llegar a la casa hay que andar como una cuadra, por ese tremendo sitio.

— ¿Tan grande es...?

— Ya lo verás...

— En una hora más por lo menos. Porque eso debe demorar el bus en llegar...

— Sí... una hora por lo menos...

— Bien ahora a esperar el bus... con mucha paciencia.

— Eso... esperar... esperar...

Manuel se sentó en el escaño con los ojos clavados en el poniente. Tal vez allá donde se pierde el confín brumoso de lluvia y viento, o en esa lejana curva, venga algún bus con su trepitar de fierros sueltos y ventanas con vidrios rotos o sin ellos.

Julia volvió a la cama, como era su costumbre, en busca del calor que todavía quedaba allí. De lunes a viernes ella se levantaba a las seis de la mañana, con frío o calor, con viento o lluvia, a preparar el desayuno de Manuel, aunque estuviese cesante, porque éste era fiel a su dicho. "Perro que no sale no encuentra hueso". Y salía todos los días a las siete a más tardar y cuando no tenía dinero caminaba lento, pero sin detenerse, en busca de esos seres, fabulosos y caprichosos, que le daban o negaban el trabajo. Mas esa mañana Julia regresó a la cama con un sabor amargo en la boca. La enfermedad de su hombre la angustiaba. Sentía todo su cuerpo lacerado. Oscuros presentimientos la obligaban a cami-

nar como sonámbula y lanzar pequeños quejidos tomándose la garganta. Se pregunta.

“¿Volveré a quedar sola? Cuando me vine a Santiago, con esa señora dueña del fundo, que me trajo para que le sirviera de doméstica, mi madre me dijo.

— Tení que ser juiciosa niña. No te vayai a abrir de piernas con el primer julano que encuentres en tu camino. Cuidadito con enredarte con algún carabinero, o el lechero y el repartidor de pan, porque vai a quedar preñaá ante que cante un gallo, como ya le pasó a la jetona de tu hermana mayor. Yo no crío ningún huacho más. Las perlas se van a la capital a pasarlo de lo lindo con sus amantes y nosotras, las viejas campesinas de los fundos y rancheríos, tenemos que andar criando huachos malagradecidos por el resto de nuestros días. ¡No señorita! Si le gusta abrirse de piernas, cargue con su cruz. ¡Yo no te voy a recibir ningún descuido!

Y la vieja tuvo razón, claro que no me dijo nada de los jardineros. Y el Juan era tan atractivo, era tan fuerte, tan joven y tan velludo el tonto. No pude resistir y lo metí en mi cama muchas noches y bajaba y subía a las nubes. Junto a él conocí mi verdad como hembra. Que rico era abrirse de piernas y luego dormir junto al Juan. Un día partió a la Argentina, como tantos otros, en busca de trabajo bien pagao y yo cagué. Claro que él no alcanzó a saber que yo había quedao preñaá. Durante dos años, sólo me dediqué a criar a la Rosa y le escribí a mi madre que había pasado lo que tanto ella temía, pero también le escribí diciéndole que pasara lo que pasara, yo me iba a rascar con mis uñas y no la iba a molestar. Y así lo hice hasta que apareció el Manuel. Y mi-

ren lo que son las cosas. El andaba en lo mismo que yo. Su mujer, la madre del Lucho, lo había abandonado, para irse con otro perico. El Luchito tenía un año menos que la Rosa, así que el Manuel tenía que cuidarlo de día y de noche. Por lo tanto cuando llegó a colocar unas baldosas a una terraza y unos azulejos en los baños de la casa donde yo trabajaba de cocinera, traía al Luchito y lo dejaba en un cajón muy cerca de él, mientras trabajaba. De vez en cuando paraba la pega y le cambiaba los pañales o le daba la papa. Eso me pareció muy tierno y me emocionó profundamente. Jamás había visto un hombre que cuidara tanto a su retoño. La Rosa empezó a jugar con él y yo le hacía mis arrumacos. Todos los días debía darle almuerzo, según la orden del patrón. El me dijo:

— No le des de nuestra comida al baldosero. Ellos están acostumbrados a comidas más gruesas. Hazle porotos y cosas así.

— ¿Puedo darle un poco de leche al niño?

— Sí. Pero que no te le pase la mano, Julia. Sino el embalosado va a salir muy caro.

Yo hablando de la Rosa y él del Luchito nos fuimos conociendo rápidamente. Y así llegamos un día al acuerdo que nuestros hijos necesitaban un hogar propio y una madre para el Luchito y un padre para la Rosa. Total en menos de un mes nos casamos por el civil. Ahora los dos queríamos hacer las cosas bien. Formar un hogar legalmente. Al principio me costó acostumbrarme a dormir con un extraño, pero al fin y como él tuvo mucha paciencia, me entregué de lo lindo y volvía a gozar al abrirme de piernas. Ahora le escribí a mi

madre que me había casado y que en nuestra libreta de matrimonio ya existían dos hijos reconocidos, el que había puesto Manuel y la que yo había engendrado con el jardinero huidizo. Luego seguí escribiendo y mandándole fotos de cada hija que tuve en mi matrimonio legal: La María empolotita a los tre meses. La Alicia en los brazos de Manuel, La Ester en su cunita. Y allí me paré, porque vinieron varias pérdidas y casi me muero y quedé muy flaca. La visitadora social me dijo que mejor me colocará la Te, y desde entonces no he vuelto a tener problemas. He sido muy feliz con el Manuel... estoy orgullosa de él y de mí. Y casi he tenido todo lo que desee... Pero ahora... La cesantía... el hambre... los vecinos ya casi no nos visitan... ellos están en las mismas. Como nos ha cambiado la vida en tan pocos años. Señor, no me llesves a mi hombre, ten compasión de nosotros”.

Julia se secó unas lágrimas con una punta de la sábana y se dispuso a dormir.

Hacia ya muchos minutos que Luis se había colocado sus zapatos y cuando ya creía haber echado raíces en ese lugar, llegó un destartalado bus, que a cada frenada lanzaba chorros de agua a los pasajeros que esperaban. Manuel se apresuró a ser el primero en subir y ¡izaz! recibió el chorro en pleno rostro.

— Hoy me llevo todos los premios, por la mierda!

El bus carreteó lentamente por la costanera del río Mapocho entre las calles Independencia y Recoleta, recogiendo pasajeros que se bajan de otros buses para arribar a él. El río Mapocho traía un caudal amena-

zante que arrastraba árboles y animales muertos que empezaban a atascarse en los puentes. Las cocinerías ambulantes-atendían a sus clientes, bajo grandes carpas de plásticos colorinches, Obreros, cargadores de la ve-ga, comerciantes ambulantes y taxistas, comían a resoplidos apetitosas presas de pescado frito, sopaipillas y café.

El bus sube ahora por Providencia y más arriba aun hasta llegar al "Camino del Alba". Allí está la tan deseada piscina en medio de un sitio de cinco mil me-tros cuadrados y junto a una mansión con muchos dor-mitorios, baños, terrazas y un departamento para la servidumbre al fondo del parque.

Un salivazo en las manos de Luis inicia la faena. Ba-jo la pertinaz lluvia empezó a acarrear ripio en una ca-rretilla hasta la gran cocina-repostero. Manuel tomó los niveles y presentó una hilera de baldosas en la cancha para estudiar donde irían los cortes y cuál sería la rec-ta que comandara la hilera maestra. El muchacho en-tró en calor rápidamente, al arrastrar carretillas y carretillas de ripio, arena, cemento y baldosas. Tirar para adelante con fuerza, sin chistar por el barro y las piedras. Manos duras, brazos duros, piernas duras se ne-cesitan para mover una carretilla cargada por ese terri-no y bajo la lluvia y Luis se la pudo y transpiró hasta inyectar el calor de sus manos al frío mango de fierro. Manuel, ya vestido con sus ropas de trabajo, alegre, como siempre que empezaba un nuevo trabajo, le gri-to:

— Dale fuerte, chiquillo, que vamos a comernos esta cocina repostero en un par de días, con guardapol-

vo y todo. Dale duro Lucho, que la vieja Hortensia espera con sus garras estiradas para que le paguemos el viernes por la noche. Esa vieja de mierda nos cobra todo remuchazo más caro que en los negocios grandes, pero ella fía... y ahí nos tiene agarraos de un coco...!

Revolver arena con cemento de arriba a abajo y de abajo hacia arriba, sin descanso, echarle agua y nuevamente revolver y revolver y ya está lista la mezcla para colocar la primera baldosa de granito reconstituida de cuarenta por cuarenta centímetros, después de tres semanas de cesantía. Tomar niveles, calcular bien los cortes, tensar bien las cuerdas de algodón; eso es colocar baldosas. Allí van las primeras paladas de mezcla en la cancha. Eso es la alegría de trabajar. Manuel, el baldosero, resplandece feliz. Toma su plana más querida y su hachuela más efectiva y las choca una contra la otra. Es la señal cantarina. Es el momento cumbre. Manuel comienza a trabajar.

CAPITULO TERCERO

Cerca de las diez de la mañana despertó Julia y maquinalmente buscó sus palillos y empezó a tejer, sin salir de la cama. Esa era otra de sus rutinas. Trabajaba una hora antes de levantarse definitivamente. Tejía o zurcía ropas. Cuando algún tejido muestra demasiados hoyos, lo deshace y esas viejas lanas se van acumulando en grandes bolos de acuerdo a su color o grosor. Sus hábiles dedos las tejen nuevamente y se transforman en chalinas, chombas, cubrecamas, etc., etc., etc. Algunos tejidos tienen diferentes colores y edades muy disímiles. Este trabajo lo hace más anhelante desde un tiempo a esta fecha, porque siente que la relaja. Y mientras teje habla con ella misma, se pregunta y se responde, como si alguien la escuchase:

“¿Qué tendrá la Hortensia para hacer el almuerzo?”

— para que preguntas... siempre lo mismo... arroz... tallarines... algún tarro de salmón, del más malo, y unas papas... y claro los famosos cubitos de carne, que a mi me parecen más juleros que zapato de tony...

— Eso, ya lo sabí. ¡Para qué preguntai...!

— Puchas que hecho de menos las tremendas ollas de porotos con riendas, longanizas y cuero de chancho, que preparaba antes... Y las cazuelas con grandes presas de carne, papas, zapallo, arroz, zanahorias, porotitos verdes y harto ají del más picante. Y en días como ahora que llueve a chuzos, preparar grandes cantidades de sopaipillas para comer secas y pasadas en chancaca...! ¡Ay! se me llena la boca de puro acordarme de cosas tan ricas. Mejor me callo.

Eso... ¡cállate mejor y sigue tejiendo!”

En cuclillas. Todo el día en cuclillas deben estar los colocadores de baldosas, con la humedad muy cerca de sus riñones y sus rodillas. La mano derecha empuña la plana y esparce la mezcla sobre la cancha de ripio, o sobre el concreto, o sobre los negros cartones impermeabilizados de las terrazas, baños y cocinas en edificios de varios pisos. La mezcla debe quedar a una altura muy precisa, como decía Manuel a su hijo, cuando le enseñaba.

— La mezcla tení que desparramarla ni muy alta ni muy baja. Muy alta no sirve... muy baja tampoco sirve. Cuando la mezcla queda muy alta, se puede quebrar la baldosa de tanto golpearla para que quede a la altura precisa. Cuando queda muy baja no podí asentarse bien la baldosa y casi siempre queda hundida y muy luego se suelta. La mezcla es muy importante. La mezcla debe quedar muy bien revuelta. La mezcla no debe quedar ni muy seca ni muy aguaá. La mezcla debe tener el cemento preciso... ni una palada de más ni una palada de menos. La arena con que está preparada

la mezcla no debe llevar piedras grandes, porque quieren las baldosas al golpearlas para que queden bien asentadas. Porque eso es lo más importante. ¡La baldosa debe quedar muy bien asentada! Por eso la mezcla no puede llevar arena con tierra. Cuando yo empecé los patrones españoles obligaban a echarle cal a la mezcla, pero después los constructores chilenos no lo exigieron, porque parece que se soltaban con mucha facilidad. Menos mal, porque la cal era muy crestona y partía mucho las manos y los brazos. Como vez chiquillo, la mezcla es muy importante para colocar baldosas.

La mano izquierda retira una baldosa de la ruma que tiene junto a sus rodillas y la pone sobre la mezcla. La mano derecha empuña la hachuela y con el mango de madera de ella golpea la baldosa. Son pequeños golpes, rápidos y precisos. Esos golpes se transmiten de la mano al antebrazo y de allí a los débiles pulmones de Manuel. Son las once de la mañana y ya el viejo obrero ha colocado dos corridas de baldosas. Luis anda en esos momentos en la bodega con su carretilla pidiendo más cemento. A los oídos del baldosero llegan los ruidos característicos de la construcción, atenuados por la lluvia, pero inconfundibles para él: serruchos musicales comiendo maderas, brillantes martillos clavando, agresivos cinceles perforando hoyos en las paredes, para dejar pasar las cañerías del agua, de las luces y del gas, hambrientas palas siempre revolviendo concretos, cargando carretillas con tierra, con ripio, con arena. Voces. Muchas voces. Voces agudas, voces roncas gastadas, voces que alertan cuando dejan caer un tablón o se cae alguna herramienta. Voces que ordenan:

- ¡Más cemento, ayudantito!
- ¡Más yeso, cabrito!
- ¡Más ladrillos, ratoncito!

Voces que lanzan garabatos, voces que lanzan tallas. Risas... muchas risas... risitas... risotadas... carcajadas. Cantos. Muchos cantos que llevan el ritmo del trabajo de esos hombres que construyen mansiones que jamás podrán habitar. Una construcción que emite esos ruidos está viva, sin ellos son muros desnudos, abandonados, desolación. Esos son los ruidos que alegran a Manuel. Le gusta ser parte de ellos, por eso cuando coloca baldosas o azulejos, las golpea rítmicamente para agregar sus notas propias a ese concierto.

Manuel ha trabajado duro esa mañana antes que llegue el jefe de la fábrica a supervisar su faena. Se ha sobrepasado y de pronto siente una enorme sed. Se arrastra hasta el tarro del agua, ese tiesto que contiene el líquido para hacer la mezcla y mojar la cancha. Sus ojos le comunican que la luz del día se va perdiendo. Los oídos le sumban. El piso, los muros, las baldosas, todo parece girar en tinieblas. Bebe con ansiedad. Sus manos tiemblan. El agua se escurre por su barba y se moja el pecho. Durante unos minutos queda tumbado entre las baldosas, perdido en una región desconocida, sin ruidos, sin luz.

Lentamente el corazón vuelve a tomar su ritmo normal y el mundo conocido comienza a informarle que todavía está acá. Acezando, como perro herido, se dice.

"Ya pasó... ya pasó... Parece que el Lucho no me vió... Qué bueno... No le voy a decir nada. Para que

afligirlo con mis achaques. ¡Ay Dios... que vida ésta! ¡Ay Dios, cuándo te acordarán de mí...! ¡Sigamos colocando baldosas. El viernes me tomaré un litrito de vino tinto. Puchas que me vendría de perillas un trago de tinto... ¡Es lo único barato que va quedando... es más barato que la leche!”.

El mango de la hachuela sigue golpeando las baldosas por las caras y los costados para que mantengan una correcta uniformidad junto a las ya colocadas. Un buen maestro se distingue por las suaves juntas entre baldosa y baldosa. A un buen maestro nunca se le encontrarán baldosas quebradas. Un buen maestro maneja los niveles a la perfección y las aguas se deslizan por su embaldosado a los lugares fijados de antemano y no se apoyan donde ellas quieran, a su regalado gusto o antojo. De estas cualidades se jacta Manuel y nadie se atreve a demostrar lo contrario. Ese reconocimiento es casi la única satisfacción verdadera que ha logrado en sus treinta años sudados en la construcción. Con orgullo de artesano, va esparciendo la mezcla, golpeando las baldosas, con sus ojos fijos en el nivel de madera o de metal que lleva siempre sobre la última baldosa que coloca, los dedos casposos de su mano izquierda van palpando las juntas de las baldosas para que todas conserven la misma altura, ni un milímetro más alta o más baja que la vecina. Todo el embaldosado es una sola, fina y compacta superficie, como cepillada por una gran garlopa.

Rosa retira la gran tetera de la cocinilla y vacía su líquido en un lavatorio de plástico. Con la faz bañada por el vapor se encamina a su dormitorio. Con suavidad saca los pañales sucios de su hija que llora e introduce

las pequeñas nalgas en el agua tibia. Al rítmico sonar de los tarros donde caen las gotas de la lluvia, se suman ahora, los ruidos del agua que lavan a la lactante.

Julia apura a las otras hijas a que se levanten.

Rosa llega con la niña, ya vestida a la cocina y le dice:

— Mire, mire mi huachita la lluvia. Mirela muy bien, porque ésta es su primera lluvia. Usted nunca la ha visto antes. ¿Qué le parece? ¿Le gusta? Si no le gusta peor para usted, porque aunque uno no lo quiera siempre llueve en invierno. Y cuando llueve se mojan hasta los pajaritos. ¡Por Dios que amaneció hermosa mi reina hoy día!

Julia, también, se sumó a las alabanzas. La nieta las retribuía con alegres risillas cantarinas, como canario regalón en su jaula.

Rosa dejó a su hija en un cajón diciéndole:

— Aquí se va a quedar mi reina mirando la lluvia y acompañando a su abuelita, porque yo tengo muchas cosas que hacer.

Se dirigió nuevamente a su dormitorio y Julia empieza a lavar sus ollas, sin dejar de mirar de reojo a la nieta y tampoco sin poder dejar de escuchar la discusión que mantienen María y Alicia.

— ¡Este calzón es mío! — gritaba Alicia.

— Es mío te digo desgraciaá,—vociferaba María, sin soltar la prenda que Alicia le quiere arrancar de las manos.

— Te digo que son míos. Los tuyos están manchados con sangre, porque cuando andái con la regla los dejái botaos en cualquier parte y la vieja los lava, cuando

los encuentra por el mal olor.

— En este cuartucho apenas cabe una araña, pero cuando una busca algo, nunca lo encuentra.

Rosa, zamarrea a Ester, que todavía sigue bajo las sábanas, diciéndole:

— ¡Arriba chiquilla floja!

— ¡Déjame dormir, huevona...!

— No tengo huevos... soy mujer.

— Entonces, ¡déjame dormir chuchuna...!

— Arriba te digo. Ya es medio día.

La destapa completamente. La niña se sentó en la cama, rascándose las costillas para espantar el sueño y las pulgas. Rosa arriscó su graciosa nariz y comentó escandalizada:

— ¡Dormiste vestida, inmundada! ¡Eres una atorrante! ¡Apesta!

— Es que anoche hacía tanto frío...

— Y ahora vas a tener más frío. Acaso no sabes que no se debe dormir con la ropa que trajinamos en el día.

María, dice malignamente:

— ¡Hazle caso a tu profesora, niña! ¡Ella sabe mucho! Ella es la sabionda de la casa... Ella ha estudiado tanto...

Rosa ignora esa intervención y sigue hablando con su hermana menor:

— Levántate inmediatamente, mira que tengo que hacer la cama.

Ester dice mimosa, porque sabe que con Rosa se puede gastar cierta clase de ternura:

— Para qué te aflijes tanto, si está lloviendo a chuzos.

Rosa la abraza y le acaricia el pelo negro áspero, diciéndole con mucha tolerancia y en tono dulzón:

— Así será, pero debes preparar tus cuadernos y tus libros para ir a la escuela. Debes estudiar duro este año para que pases de curso...

— No te aflijas de todas maneras este año termino la primaria y paso a la secundaria, a la escuela no le conviene tener niñas rechazadas, porque le quitan la subvención.

— A quién escuchaste hablar de eso...

— El otro día escuché a un profesor decir eso a otro que decía que había que rajarse a todo nuestro curso. Y el otro decía que eso no podían hacerlo porque perderían la subvención.

— Bueno. Recuerda que cada día se pone más difícil encontrar trabajo sin haber terminado el cuarto año secundario. Así que tienes que estudiar con empeño varios años más y yo voy a cuidar que lo hagas. Después me lo vas a agradecer.

Ester se deja acariciar y balbucea frases sin terminar, así alargar esos momentos tan agradables:

— Pero... sí... llueve... y... hace frío...

— Llueve o truene. Haga frío o calor. Tú debes estudiar...

— Pero... si mis zapatos están rotos... me voy a resfriar.

— No te va a pasar nada.

— Pero ¿para qué ir...? si cuando llueve no van ni los profesores...

— No seas mentirosa. Vamos, arriba. Si llueve muy fuerte a la hora de partir a la escuela, estudiarás aquí en

la casa. Y yo te vigilaré. Ahora, arriba.

María volvió a intervenir venenosamente:

— ¡Estudia niña...! “Estudea, estudea pa que lle-gueí a ser lo que yo hei sío”.

Rosa dice a Ester:

— No le hagas caso a esa envidiosa. Yo te voy a demostrar con mi ejemplo que cuando una se propone algo, pero con ganas, siempre se logra. Yo seguiré estudiando cuando pueda. Seguiré estudiando de noche hasta terminar el cuarto medio y luego estudiaré computación.

María abre tamaños ojos y dice:

— ¡Computación! ¡No estí hueviando...! Estudia para puta mejor. Eso se aprende en un abrirse de patas.

— Seguiré estudiando, cueste lo que cueste, hasta conseguir una profesión. Yo quiero ser una mujer honesta y respetada. Limpiaré pisos con la lengua si es necesario, pero obtendré un diploma profesional.

— ¡No te aflijas, ya conseguiste un lindo diploma con patas!

— Cállate ignorante. Y que lo mio te sirva de lección.

María ríe a mandíbula batiente y ahora las emprende contra Alicia.

— Y vo, jetoña, ¿dónde dejaste mis sostenes?

— ¿Cuáles...?

— ¡Cuáles van a ser...! Esos sostenes tan lindos que tengo. Esos bordados con “hilo de oro”.

La Ester le pregunta irónicamente:

— Esos mismos que usa la “Miss Chile” y que en Inglaterra la echaron por fea...?

— ¡De esos mismos cretona! Esos feos y apollillados que son los únicos que poseo, pero que son capaces de sostener estas enormes tetas que me gasto. Estas grandísimas tetas que no me dejan en paz.

— Pero hartó que te gusta que te silben en la calle.

— Preferiría ser seca... Seca como una tabla, antes que soportar estas grandísimas porquerías. Los hombres y los sostenes no me dejan vivir. Los hombres con sus manos...

— ¡Ay! ¡qué rico mamacita! — grita Alicia.

— ¡Y los sostenes que se llevan cortando por los tirantes!

— ¡Ay! ¡qué terrible papacito! — chilla Ester abriendo grandes ojos muy pícaros.

— No puedo saltar de un bus, o una acequia o correr un poco, porque ahí mismo me quedo con una teta por donde no se usa.

Alicia le aconseja:

— Que no te manoseen tanto niña, si no te van a llegar al ombligo.

— Claro. Como los tuyos parecen huevos fritos, podí darte el lujo de aconsejar. Pero cuando me consiga un buen trabajo, me voy a comprar unos cuantos de la mejor marca.

Ester le grita:

— ¡Cómpratelos de fierro!

María le tira un zapato por la cabeza y le dice:

— Contigo no es la cosa, cabra piojenta.

— Lo que es yo, dice Alicia, volviendo los ojos al cielo, apenas consiga unos pesos, me voy a comprar varios calzoncitos elegantes. De esos tan chiquititos que

se pueden esconder en un puño cerrado. De esos tan, pero tan chiquitos, que apenas tapan la cosa.

— ¿Y dónde te lo vas a colocar, si no teni culo ni para hacer una albóndiga...?

Alicia mueve su trasero con voluptuosidad y dice malisiosamente:

— ¡Mira... mira como lo muevo... Chico será pero hay más de uno que suspira por él!

María no puede contener sus risotadas. Al hablar y reir suben y bajan sus grandes pechos desnudos. Dice.

— Entre culo, tetas y piernas, no te alcanza ni para un estofado para al gato. ¿Dónde has visto una escoba con calzón de lujo?

— ¡La moda mijita, es ser flaca...! Yo casi no como pan.

— Para lo que hay que comer en esta casa última mente.

Rosa no puede soportar por más tiempo esa disputa y regresa a la cocina. Mecé a su hija entre sus brazos. Una pequeñita mano busca el pecho. Ella se lo ofrece amorosa. Sus manitas se aferran al pecho y sus dedos apretan y sueltan apurando el chorro de leche. De pronto esa lluvia le trae el recuerdo de su amante:

“Cuando llovía yo me cobijaba bajo su paraguas y caminábamos muy juntitos hasta la escuela, o hasta la fuente de soda, donde tomábamos café y comíamos completos, y yo no me cansaba de mirarlo a sus ojos, acariciarle su risado pelo, tan esponjoso como lo usan algunos actores de color que salen en las películas norteamericanas que pasan por la tele. El nunca me engaño.

Yo sabía que era casado y tenía tres hijos... Pero quise probar mis fuerzas y ganar la última batalla. Fue una guerra que mantuve varios meses con angustia y alegría. Cuando se acabó la guerra, es decir cuando a tu padre lo mandaron a Punta Arenas a trabajar y se fue allí con la otra... con esa estúpida que tiene la libreta del civil a su favor, usted ya estaba vivita en mí. Tu padre no sabe a lo mejor que usted existe, porque yo no se lo dije, ni pienso escribirle que usted ya nació y es una guagüita tan linda. Como usted ve mijita mis hermanas se ríen de mí... mi padre no está muy contento... su abuelita me entiende, porque a ella le pasó lo mismo. A lo mejor yo también encuentro un hombre tan bueno como mi padrastro, para que me ayude a criarla a usted. En todo caso, usted mijita tendrá una madre muy juiciosa y profesional... Se lo juro a usted mi linda... Yo seré una respetada profesional.

Sigue lloviendo. Rosa cambia de pecho a la lactante.

Todo lo que rodea a esa madre y su hija es triste y mísero. Rosa está consciente de eso, pero al dar de mamar a su hija la hace sentirse parte de la naturaleza. Sus ojos se ven bellísimos y su rostro es diáfano como un día de sol, después de una tormenta.

CAPITULO CUARTO

El cuidador consulta su reloj. Empuña un fierro y camina con energía hacia donde está colgado el triángulo. Todavía faltan unos segundos. Espera. Se rasca el cuero cabelludo. Pelo muy corto. Mirada dura y desafiante. Ahora sí. Son las doce horas en punto, según su reloj. Aporrea autoritariamente el triángulo de hierro, aguda orden de parar toda actividad. Los obreros abandonan sus herramientas, excepto los que trabajan a trato. Esos terminan los cabos sueltos. Bajo un cobertizo, especialmente construido para los obreros, se encienden pequeñas fogatas entre ladrillos y fierros. Pequeñas ollas y viandas con porotos, tallarines, arroz, se montan sobre las llamas. Siguen, ahora con más entusiasmos, los cantos, las risas y las pullas.

Manuel come su sandwich de mortadela muy cerca de la fogata que ha preparado Luis y donde ya están los tarros choqueros a punto de hervir. El calor le reconforta. Se da vuelta para que se le caliente la espalda.

— “Está rico este sambuche... claro que con el hambre que tengo, cualquier huevada es buena. Oja-

la hierva luego el choquero... tengo frías las tripas”.

Varias radios portátiles transmitían las noticias del medio día. Manuel se dice:

“Las noticias nunca cambian... Los crímenes de siempre... Las guerras de siempre, con su eterna amenaza de bombas atómicas... las matanzas de siempre, los vivos robando o pidiendo ayuda para los pobres y yo nunca he recibido nada... Y los avisos... puta que dan rabia... siempre ofreciendo autos y cosas que yo no puedo comprar, ¡parece que se estuvieran riendo de uno! ¡Malditos huevones...! Ya hirvió el choquero y el Lucho le echa el té y el azúcar a cada tarro. Que bueno es este chiquillo y va a ser un buen baldosero, harta falta que hacen ahora porque los nuevos baldosistas son muy chambones, no han tenido maestro exigente como yo tuve. El maestro Farías no perdonaba una. Puchas que llueve fuerte y golpea fuerte las latas del techo ¡Ay! que lindo... qué lindo como suena... así sonaba el techo en la casa de mi padre... ¡Qué lindo... como me gusta este ruido de latas... mamá dame otra sopaipilla... Que lindo sentir esta emoción... me dan ganas de llorar de emoción... Que siga lloviendo no más... es tan lindo... es tan lindo...!

– Vamos a trabajar viejo.

– ¡Ah! ¿Qué pasa...?

– Dónde estabas... Ya sonó el fierro y hay que volver a trabajar, se acabó la media hora de colación y ya te tomaste el tecito y te comiste el sambuche y el huevo duro y te fumaste el puchito. Así que hay que volver a la pega, mira que la luz del día se va a terminar ligerito. Hice un juego cerca de la cocina y puse

a secar nuestras ropas, para que estén sequitas cuando nos vayamos a la casa.

— Bien chiquillo... volvamos a la carga, esa cocina-repostero hay que terminarla mañana.

Por cuarta vez en el día el cuidador, con decisión dictatorial azota el triángulo. El es un director omnipotente de ese espectáculo, que empieza o termina cuando él lo dispone.

Manuel obedece gustoso. Se endereza tosiendo y rehaciéndose poco a poco, como esqueleto de papel. Las sienas se dilatan y contraen, como tambores que envían mensajes sin respuesta. Respira con gran dificultad. La tos lo atraganta, lo zarandea. El rostro convulsionado pasa del rojo al verde y las venas de la garganta engordan... engordan. Se afirma en una ruma de ladrillos. Se tapa la boca y la nariz, con su húmedo y sucio pañuelo de narices, donde quedan babas y flemas.

Luis trata de no darle importancia exteriormente. Toma la plana que recién ha soltado el enfermo y la empuña. Siente la tibieza dejada por su progenitor y la aprieta con fuerza, como queriendo aumentar ese calor. Un calor que debe continuar. Sólo así de hombre a hombre, puede comunicarse con su padre en toda plenitud. Maneja la herramienta con juvenil energía, cortando la mezcla que sobra, a lo largo de la orilla de la última hilera de baldosas colocadas.

Manuel dice, con ahogada voz, mientras se seca la helada transpiración:

— Y no vino el jefe a controlar mi trabajo. ¡Puchas! Y yo que me saqué la cresta, caminando bajo la lluvia y todo lo demás. En fin... Mañana de todos modos

tiene que venir. ¡Mejor... así verá más trabajo hecho! ¡Pero putas que me da rabia que no haya venido el jefe...! Y tanto que me recalcó que él iba a venir a primera hora a ver si yo venía o no venía a trabajar. ¿Quién entiende a los jefes...? Son todos unos maricones de mierda...!

Sus labios reciben un cigarrillo. Sus ojos se encandilan un tanto con la luz del fósforo, pero también calienta un poquito las manos. Aspira profundo y mientras se cambia de ropas dice:

— Fue muy buena idea la tuya chiquillo de hacer ese fueguito y poner las ropas a secar.

— Es que yo no soy conejo, pero las paro.

— Ya lo veo... ya lo veo...

Y mientras Luis va a dejar la carretilla junto con sus ropas de trabajo y sus herramientas a la bodega donde quedarán guardadas hasta el otro día, Manuel sigue con sus monólogos:

“No es bueno dejar de trabajar tantos días seguidos. Hacía como cuarenta días que no pegaba una pastilla. Ahora me duelen las espaldas y las rodillas, y las plantas de los pies se me duermen. Mañana ya no será tanto y pasado mañana ya todo será normal. Me duelen... me arden las yemas de los dedos. Las baldosas no venían bien secas. Todavía debieron estar secándose en la fábrica un par de semanas... ¿Pero qué hacer? No están los tiempos para decir: ¡yo no coloco estas baldosas, porque no están secas! Por lo tanto hay que arar con los bueyes que mande el patrón... No están los tiempos para rechazar los materiales. ¿Pero quién caga...? Uno es el que tiene que fregarse como siempre. De tanto pal-

par las junturas húmedas de las baldosas, al contacto con el cemento y la arena de la mezcla, se me fueron gastando las yemas de los dedos, hasta sangrar. Mañana voy a tener que trabajar con los dedos amarrados con trapitos, porque nunca me he acostumbrado a trabajar con guantes de goma. Me transpiran remuchazo las manos y enreo todo... Allí viene el Lucho''.

— Vamos chiquillo, caminemos rapidito que en este momento casi no llueve, pero el aguacero va a seguir duro, mira las nubes, están cargaditas de agua.

Ya es de noche cuando salen a la calle, bajo la fría mirada del cuidador. Este vigila las chaquetas de los pintores, los cinturones de los peones, los pantalones de los albañiles, las viandas de los carpinteros. ¡Ay! del que se lleve una bajada de plomo enrollada a la cintura, unos azulejos bajo la camisa, unos clavos en las ollas. El vigilante recorre el perímetro de la cárcel-construcción, acompañado de sus perros y su revólver, de día y de noche. Varias veces ha disparado su tan querida arma, contra sombras que huían. Cuando ha sentido el grito en la oscuridad, ha saltado de alegría y azuzado a sus mastines para que terminen la cacería. Cuantos más impactos, comprobados haya hecho, y más obreros ladrones haya denunciado, recibirá, de parte de la empresa, felicitaciones, seguridad de trabajo estable y muy buenos regalos para navidad.

CAPITULO QUINTO

Julia lo recibe con su cara de preocupación, Manuel le sonríe. Ella trata de hacer lo mismo, pero sus ojos buscan la verdad en las pupilas de él.

— Todavía estoy parao vieja y tengo para mucho más. Soy de esos robles de Licanray; resisten cientos de años, hasta que el hacha del leñador los derriba o la lava del volcán los quema. No te aflijas vieja. Sólo tengo cansancio y hambre... Mucha hambre...

— La comida está calientita... Siéntate... Te traeré inmediatamente.

Los hombres comen con ansias los tallarines. Mañana será arroz con papa, o papas molidas con un huevo, y tal vez el sábado, encuentren en sus platos un poco de carne molida o unos huesos con carne. Manuel come sin importarle si tienen o no tienen sal. Se diría que le dá lo mismo. Lo importante es tragar, para terminar con esa sensación de vacío en el estómago. Julia ha estado siempre al lado de él, le dice cariñosamente.

— Cómete otro plato...

— Ya está bueno, mujer. No hay que mal acostumar...

brarse.

— Recuerda que el doctor te dijo que debías sobrealimentarte...

— Sí... eso diagnosticó... pero se guardó la receta de cómo conseguir el dinero para comprar la famosa sobrealimentación.

Manuel se levanta de la mesa y va inmediatamente a la cama.

Julia, lo ayuda a desvestirse, mientras el hombre se queja en voz baja, apenas audible. Ella con mucha ternura, le saca los pantalones y la camisa, mientras él no deja de pensar:

“¿Me darán la piscina...? A pesar de lo cagao que estoy me hice unos cuantos metros hoy día. Mañana me rendirá mucho más. Claro el cuerpo no me va a doler tanto. Lástima lo de los dedos... me arden las yemas por la mierda... apenas puedo tomar las cosas. Mañana le voy a pegar duro... es que trabajando me olvido de todo. Es buena esta Julia. Ahora me arropará con cuanta pircha que encuentre por ahí. Es buena esta mujer... Muy buena y fiel. No como la tarambana de la Teresa que se me arrancó con ese charlatán que estafaba con chucherías a la gente ingenua en las calles, y me dejó con el Luchito cuando apenas gateaba el pobrecito. ¡Hace días que me vengo acordando de ella! ¡Gran Dios que hembra más rica! ¡La otra noche soñé que volvía a montarla! ¡Ay Diocito como gozaba!... La Julia nunca me ha hecho vibrar tanto. Claro que esa condenaá era tan variable. A ratos me parece sentir la tibiesa de sus pechos en mis manos... en todo mi cuerpo. Porque me pasaba sus pechos, sus duritos pechos, por todo mi cuerpo y yo

vibraba y vibraba y ella reía y me mordisqueaba por todas partes. Y cuando me lo chupaba... ¡Ay diocito! ¡Me sacaba hasta la última gota!... ¿Por qué me estaré acordando tanto de ella? ¿Se habrá muerto? No lo creo es tres años menor que yo... ¿Dónde estará ahora? No era bonita. ¡Pero qué manera de caminar! ¡Qué piernas! ¡Qué potito! Nunca he vuelto a tener otra hembra igual. ¿Dónde estará? Me gustaría volverla a verla. Lo juro. Claro que, como estoy... con lo achacoso que estoy... Ella se va a reír de mis deseos. Y va a tener toda la razón. Es mejor que no la encuentre. ¡No quiero que se vuelva a reír de mí! Eso también lo juro. Aquí viene la Julia con sus aspirinas, sus limonadas calientes y su brasero y su tarrito con hojas de eucalipto. Como si sirvieran para curarme los sopladores. Claro que ella no sabe hasta que punto estoy cagao... y para qué decírselo... total ya nada se puede arreglar... Lo dicho, la Julia me salió buena, menos mal. Y ahora a dormir, si es que me deja esta tos desgraciaá y el corazón de mierda que quiere irse cortao. Y mañana a pega. Putas... como ruge la tormenta, allá afuera, menos mal que estoy en mi camita''

Julia se acuesta junto a él para darle su calor, para protegerlo con todo su ser.

Por las endijas de las casas salen miseros rayos de luces, que iluminan los pasos presurosos de Luis, que deja atrás varias viviendas hasta llegar a la puerta de Corina. Un silvido en clave la abre. Un beso furtivo en el umbral, entre viento y lluvia. Rápido lo hacen pasar, pues el frío y el viento se cuelan por entre sus piernas.

Luis saluda, como todas las noches, a los futuros suegros, cuñados y cuñadas. Tomados de las manos mi-

ran las brasas del brasero, reteniendo las ganas de acariarse. ¿Dónde hacerlo? Afuera campea el temporal, adentro toda la familia de ella, apiñada en esa media-gua de seis metros de largo por tres de ancho.

— En la esquina cayó un álamo regrande —comenta un muchacho— Yo fui con el hacha y me traje unos buenos tronquitos para hacer fuego.

— No sólo tú estabas allí —le dice una de las hermanas—. Todos los cabros de la población se lo comieron en un abrir y cerrar de ojos.

— Pero era necesario hacerlo para despejar la calle.

— Oye Lucho, en el barrio alto cayeron muchos árboles.

— Sí. El viento ha dejado la cagaá, no más.

— ¡Supe que encontraron trabajo! —dice el dueño de casa— después de limpiarse los bigotes tras beber un vinito caliente con naranjas y convidar a Luis una media taza con el negro brebaje.

— Afortunadamente —responde Luis— y bebe y agradece respetuosamente.

— ¿Y qué tal el nuevo trabajo? —inquire la dueña de casa—.

— Es bueno. Durará poco eso sí. Unas tres semanas a lo más. Puede ser mejor si nos dan los azulejos de la piscina.

— ¿Tiene piscina propia...? —exclama Corina—.

— Sí. Es una gran mansión. Va a ser muy relinda. Así como se ven esas grandes casas de ricos en la televisión. Con decirles que hay garages para cinco autos.

— ¡Re flautas! ¡Cuanta plata tendrán esos ricachones! —dice admirado el jefe de ese hogar— ¿Qué tal son

los dueños? ¿Buena gente? ¿Tú los conoces?

— ¿A quién...? —pregunta Luis— sin entender.

— A ellos. A los propietarios de esa linda casa con piscina y gatos elegantes. Porque me imagino que tendrán gatos bonitos y elegantes. Sino para que les sirve tener tanta plata. Si yo fuera muy rico, tendría muchos gatos elegantes y bonitos.

— Nosotros no conocemos a esos señores tan importantes. Nosotros nos entendemos con los fabricantes de baldosas, ni siquiera con el dueño de la fábrica, sino que con un jefe que controla nuestro trabajo. Y en la construcción además estamos controlados por los capataces y porteros. A esos señores importantes, nosotros no le conocemos ni la nariz.

— ¿Y la piscina es grande? —pregunta Corina—.

— Más grande que esta casa. De largo: más de cuatro veces de largo y de ancho... unas cuatro veces. Y la parte más profunda es dos veces más de aquí al techo. Ojalá la pesquemos. Y todo va con azulejos. Son un montón de metros cuadrados y eso lo pagan muy bien. Si agarramos esa piscina salimos al tiro de todas las deudas.

— ¡Cómo me gustaría nadar en una piscina así!
—suspiró una muchacha—.

El dueño de casa dijo.

— Y pensar que una cosa tan cara, sólo sirve para unos pocos días al año y después queda abandonada durante tantos meses, en cambio los gatos elegantes y bonitos son tan decorativos y uno puede dormir con ellos, para que le calienten los pies todas las noches, pues.

Luis y Corina se acarician las manos. Son manos jóvenes que se entrecruzan, se apretan, se comunican mensajes sensuales. Manos callosas, duras y ásperas las de él. Manos duras y callosas las de ella. Manos cálidas, tiernas y juveniles, como flores silvestres a la orilla del camino.

— ¿Cómo te va en la textil? —le pregunta Luis

— Hoy día terminamos de tejer las telas de primavera. Ahora empezaremos con las telas para el verano. Son muy bonitas, floridas y livianitas.

— No debe ser muy gracioso tejer eso, cuando hace frío y llueve, verdad amor.

— Nosotros siempre andamos al revés del tiempo. Peor es en verano. Imagínate... sudando de calor y tejiendo lanas, géneros gruesos y frazadas. Todavía no se han producido vacantes para conseguir empleo para tus hermanas. Pero apenas se produzcan yo las recomendaré, claro que los sueldos son requete malos, especialmente para los que empiezan, pero peor es masticar lauchas.

Corina tiene la cabeza reclinada en el hombro de Luis, con los ojos clavados en las brasas, desean acariciarse íntimamente, tanto lo desean que sus órganos genitales se humedecen. Los zapatos junto al fuego empiezan a secarse. A las narices de los enamorados llegan los vapores y olores que expelen las suelas. Ya todos bostezan.

Corina y Luis salen a la calle y bajo la lluvia se besan, se agitan. Las manos recorren geografías conocidas, pero como llueve y el frío hace castañear los dientes y todavía no son casados o convivientes reconocidos

deben separarse y meterse en sus respectivas camas frías. El cansancio matará la pasión y cerrará los ojos. En pocas horas más deberán partir a sus respectivos lugares de trabajo, donde nada los motiva, pero a pesar de todo se sienten privilegiados de tenerlo.

CAPITULO SEXTO

El jueves ha seguido lloviendo intensamente. El río Mapocho sigue creciendo y amenazando a los vagos, borrachos, recolectores de desperdicios y areneros que trabajan y viven en sus márgenes y han improvisado ranchos de latas, plásticos y cartones. El río es generoso con ellos, les lleva hasta donde están casi todo lo que necesitan, pero a veces suele ser muy cruel. El río da y quita. Y cuando quita se lo lleva todo, hasta la vida misma.

Manuel y Luis se levantaron a las seis de la mañana, y alumbrado con la escasa luz de la lámpara a parafina se lavaron y vistieron, mientras Julia les preparó el desayuno. Los hombres salieron a la calle y nuevamente a revivir la odisea del día anterior. Ahora llevaban una olla con arroz con papas y el infaltable tecito y azúcar para la choca.

— “Ha resistido el impermeable que hizo la Julia. Todavía no se ha descocido mucho. Putas que suena con la lluvia eso sí”.

A las cinco de la tarde llegó a la construcción el

tan esperado jefe. Bajó de su camioneta y se dirigió hacia donde estaban trabajando los baldosistas, sin dejar de acariciar las llaves de su vehículo. Se acercó a los obreros con desconfiados ojos. Manuel al verlo sonríe y le dice.

— Buenas tardes jefe...

— Buenas...

— Lo esperaba ayer, jefe.

— Quedé en pana. Tuve que arreglar la bomba del agua, de la camioneta. Ahí se me fue todo el día, porque los pelotudos que me arreglaron la bomba, no la dejaron bien a la primera, y tuvieron que sacar y poner dos veces la bomba de agua. Los mecánicos son todos unos irresponsables de mierda, si uno no está vigilando el trabajo dejan la cagaá no más o te ponen repuestos viejos y se chupan los nuevos que uno les lleva. Y encima los muy crestones mandan a uno a comprar los repuestos. Resulta que uno es empleado de ellos porque los preciosos no se mueven de sus garages y uno tiene que andar recorriendo todo Santiago para encontrar los repuestos... En fin eso que les importa a ustedes... veamos que han hecho, espero que usted no me haya hecho otra cagaá mientras yo peleaba con esos desgraciados...

— Tal como le prometí, jefe, yo y mi hijo vinimos a trabajar a primera hora. El cuidador le puede decir si miento o no. Y a pesar del aguacero condenao que se ha dejado caer ayer y hoy, aquí estamos trabajando y ya vé. Esta cocina-repostero ya está casi lista. Mañana va a quedar fraguada y con guardapolvos. Y los guardapolvos emboquillados y limpios... como Dios manda...

El jefe no abrió la boca ante la entusiasmada verborrea del baldosero. Revisó la calidad de la mezcla, los niveles, los cortes y no encontrando nada reprochable, sacó su huincha de medir y anotó los metros hechos.

— ¿Cuánto me va a colocar? Mire que a pesar de la lluvia que nos ha fregao retanto le hemos pegado duro y mañana si no llueve empezaré por la terraza que está junto a la piscina.

— No pues, maestro. No empecemos mal. Ya se metió en esta cocina-repostero que es bien grande, ahora termine los cuatro baños de los dormitorios y los baños de visitas y el baño de la servidumbre y después sigue con las terrazas. Los baños tienen que salir luego para que tengan pegà los gasfíteres... ¿o me cree huevón?

— Bien jefe. Lo que usted diga. Total para eso estamos.

— Así me gusta. Y el lunes empiece a las ocho de la mañana a pegarle duro. Yo no aguanto a los que faltan los lunes, porque están curaos o con el cuerpo malo. Tampoco soporto a los irresponsables y ladrones. ¡Este país está como las huevas porque los obreros son flojos, ladrones, irresponsables y borrachos! Y mire que se lo digo yo. Yo que fui baldosista en mi juventud. Me enseñó a trabajar mi padre que también era baldosero. Pero yo estudié de noche y aprendí a leer planos. Soy un técnico altamente especializado en construcciones. He sido capataz de muchas construcciones muy importantes, donde había que tener bien puestos los pantalones para hacer obedecer y obtener el rendimiento y la calidad calculada. Y eso lo logré yo, porque estudié y

no soy borracho ni flojo ni huevón. Y por eso me contrataron en la fábrica de baldosas y me entregaron esa camioneta. Así que a mi ningún huevón me viene con huevaás ni a meterme cuchufletas. Ya lo sabe, yo también fui baldosero así que conozco todos los trucos y mañas. ¡No permito que se pierda ni una palada de mezcla porque los pericos están cansados o apurados y si me quebran demasiadas baldosas les vuelo la raja!

— Bien... bien... le aseguro que a mi no me va a volar nada... ¿Pero cuánto me va a poner para mañana?

— Lo que le corresponde no más. Como recién empieza será un adelanto. La próxima semana le saldrá más jugosa.

— Bien... ¿pero cuánto va a ser el adelanto...?

— Eso lo determinarán allá en la fábrica. Yo sólo entrego mis informes...

— Póngale lo más posible, jefe, mire que estoy muy necesitao.

— Eso lo determinan allá, ¡le dije, no! ¡Ah! Mañana, cuando vaya a cobrar lleve su libreta de seguro, de lo contrario no le pagan.

— Bien... bien... ¿y qué hay con la piscina?

— ¿Qué pasa con la piscina?

— Yo soy muy buen azulejero. He hecho varias piscinas así. Mire... vé... este es mi trabajo como baldosero. ¿Le parece que soy un chambón?

— Yo no he dicho eso.

— Me ha encontrado alguna baldosa quebrada... Y eso que me mandaron baldosas que no estaban secas...

— No empiece a reclamar por el material... Un buen maestro siempre se las arregla para dejar bien pues-

ta a la fábrica.

— Lo estoy haciendo... lo estoy haciendo... estoy tratando las baldosas con mucho cariño para que no se me quiebren, pero que al mismo tiempo queden bien asentadas.

— Trabaje la mezcla lo más fina posible... que la arena no contenga piedras grandes...

— Eso estoy haciendo... eso... pero...

— ¿Pero qué?

— Pero no se enoje, pues. Yo sólo quería recordarle que usted me dijo que si le gustaba mi trabajo me daría la piscina...

— Cuando termine todo el embaldosado hablaremos de la piscina. Eso será un premio a su pericia. Porque esta mansión es muy importante para nosotros. Pero si esta mansión va a tener televisión de circuito cerrado para ver a toda persona que entre por el portón que se va a abrir y cerrar eléctricamente. Ya le dije que el dueño es un personaje muy importante. Por otra parte ha de saber que conmigo ningún ñato se va a sentir seguro y va a echarle con la olla para ganar el billete largo. ¡No señor! Si usted se descuida y me deja alguna cagaá, por pequeña que sea, se va a la cresta...! ¿Entendido?

— ¡Entendido, señor! — dijo Luis hoscamente.

El jefe miró con ojos duros a Luis. Estuvo a punto de darle un bofetón al muchacho, pero temió salir mal parado. Subió a su camioneta y apretó el acelerador.

— No debiste contestarle así al jefe, chiquillo.

— ¡Pero que se cree ese desgraciao, que viene a huevearte así. Le doy un par de bofetas y lo hago parar la raja!

¡No podí tratar así a los jefes...!

— Pero si ese despatriao era baldosero como nosotros.

— Pero estudió... se sacrificó...

— Y para eso estudió ese imbécil... ¡para hueviarnos!

— Olvídalo... debe tener problemas... a lo mejor tiene dolores que le provocan alguna enfermedad. A lo mejor su mujer lo engaña. A lo mejor el patrón de la fábrica lo huevea todo el día y él se desquita con nosotros, en todo caso anda muy nervioso mira lo que dijo de los mecánicos...

— ¡A mi que me importa lo que le pase a ese desgraciao! ¡Que se lo trague con agüita...! ¡No permitiré que venga a ofenderte. ¡Que se ha imaginado el hijo de puta!

— Sigamos trabajando, chiquillo. El pobre siempre tiene que soportar a estos malditos jefes. Vamos Lucho.. resignación... resignación... volvamos al trabajo. Vamos, échale más mezcla a la cancha. Mejor es trabajar duro. Trabajando duro me olvido de todo... de todo... hasta de mis malditos dolores.

El fierro mandón del cuidador los paralizó al atardecer del viernes. Llovía copiosamente. Rápido se cambiaron de ropas y guardaron las herramientas hasta el lunes próximo. Subieron presurosos al bus. Tenían hambre, pero ahora el viaje era diferente, muy luego tendrían unos billetes entre sus dedos. Arribaron al portón de la industria. Todavía no les era familiar, apenas si lo habían traspasado un par de veces.

Manuel se pone a la cola que avanza lentamente

en busca de la ventanilla donde pagan. Luis espera en la calle, bajo un alero, observando como transitan las gentes y los vehículos bajo la espesa lluvia.

Varios baldoseros, de otra fábrica en huelga, estiran sus cajas de cartón, con los sellos del sindicato, solicitando la ayuda solidaria. Los cesantes también esperan a los privilegiados compañeros que reciben sus pagas, para sonreírles y golpearles la espalda y recibir en cambio un cálido billete, que ellos recibirán con los ojos rojos de emoción y prometerán retribuir muy luego, con creces.

En la vereda, bajo sus grandes paraguas, alumbrados por sus lámparas portátiles, los vendedores de empanadas, huevos cocidos y pan amasado, gritan sus mercancías y cobran a los obreros que trabajan en el interior de la fábrica; cortadores de baldosas, choferes, ayudantes, pulidores y rematadores de granito, etc., que piden fiado durante la semana. Algunas mujeres, con niños y grandes bolsas, esperan, para hacer algunas compras, antes que la paga pase del bolsillo de sus hombres, a la caja del bar.

Manuel avanza lentamente, tosiendo, sofocándose, pero cada vez más esperanzado a medida que se acerca a la meta.

Todos hablan en la fila. Uno reclama:

— Estuve tres días como huevón, esperando que me llevarán el granito y el cemento blanco para hacer la maldita escala... Y el pulpo no paga el tiempo perdido. Total como uno trabaja a trato, uno no más pierde. Pero me desquité de lo lindo. ¡Le eche mil putiadas al huevón!

— ¿Garabatió al patrón, amigo? — preguntó otro incrédulo—.

— ¡Claro pues! ¡Si yo soy muy gallo. Lo maldije hasta que me cansé. Claro que, por desgracia, él no estaba presente para que me escuchara!

La salida del obrero movió a risas a todos. Más allá, un grupo estudiaba la posibilidad de un potrillo, para la última carrera del Hipódromo Chile al día siguiente:

— Don Juan es el favorito. ¿Ese si que es caballo, gato?

— Pero, Oro Negro es barrero, pues. Y mira como está lloviendo... Mañana la cancha va a ser un barrial de la gran puta... ¿No te parece perro?

— Me parece. La lluvia favorece a Oro Negro —dijo el que apodaban de "perro".

— Oye perro, vo siempre apoyai al gato, cuando se trata de no estar de acuerdo conmigo. No seai maricón. Vamos mañana al hipódromo y hacemos una vaca grande y se la tiramos toda a don Juan. Es fijo. Y con la plata que ganemos, vamos a gozar como chanchos, donde las gaviotas de Maipú.

Manuel llega por fin a la ventanilla. Dice su nombre y entrega la libreta de seguro obrero. Mira a través del vidrio buscando al industrial o al hombre que fue a controlarlo. No ve ninguno de ellos. Sólo una mujer joven que entrega los sobres. Firma tembloroso unos papeles que le acercan unas manos femeninas muy blancas, limpias, uñas largas y pintadas al rojo violento, que contrastan con sus manos casposas y crispadas, como garras de animal salvaje. Se retira de la ventanilla

con el sobre donde está escrito su nombre. Lo abre nervioso. El corazón le palpita. Dinero. Dinero. Dinero después de seis semanas de cesantía. Cuenta los pocos billetes y exclama con indignación:

— ¡Es una mierda de plata!

Se vuelve para ir a reclamar, pero antes de dar dos pasos se detiene en seco.

“Y si por reclamar pierdo el trabajo. Los patrones son tan caprichosos. Y cada día están más soberbios. ¿Pero que hago con tan poca plata? Esto es una injusticia. Yo necesito más dinero. ¡Pero mucho más! ¿Qué se ha imaginado este gringo de mierda? Yo soy un maestro de primera. Un buen baldosista. Reconocido desde hace treinta años. Por lo tanto me deben dar un adelanto más grande. Además me lo gané en tres días duros de trabajo. ¿Para ésto me expuse tanto...? ¿Para ésto me saqué la cresta? ¡Necesito que me hagan justicia, esto es una mariconada del jefe, porque el Lucho le paró los carros! ¡Maricón de mierda! ¡Ese nació para chanco y lo criaron como hombre! No soporto esta injusticia. Pero si yo no soy ningún desconocido. He dejado en treinta años mis pulmones y mi corazón en este oficio. Sí, hace treinta años que estoy entregando mi vida a los pulpos. ¿Quién lo sabe...? ¿Quién es testigo de mi calidad como maestro? ¡Muchos, muchos pues! Lo sabe el maestro Farías que me enseñó la profesión. Lo sabe la Teresa. Lo sabe la Julia. ¿Pero qué le importa eso a estos desgraciaos? Por lo visto aquí no les importa que yo siempre haya recibido grandes felicitaciones de parte de los constructores por mis trabajos. ¿Y eso quién lo puede negar? ¡Nadie... nadie! Pero quién me

va a respetar ahora si me ven tan tirilludo, tan viejo... tan enfermo. Pero es que con esta plata no hago nada. ¡Dan ganas de llorar de rabia! ¿Qué le voy a dar a Luis para que festeje su cumpleaños? ¡Así que los pobres no tenemos derecho ni a un día de fiesta! ¡Gringo ladrón...!''.

Con el dinero entre sus dedos temblorosos llega hasta donde está Luis. Este le pregunta animoso.

— ¿Y... cuánto dieron...?

— Una cagaá...

— ¿Cuánto?

— Tomá... léelo tú... tú sabes que yo no le pego a la lectura. Apenas si se firmar. Tú fuiste varios años a la escuela.

— ¡Desgraciaos...! Anda... reclama. Dile que habis ganao mucho más.

— ¿Y a quién reclamo? Allí hay sólo una mujer que entrega los sobres, sin siquiera mirarlo a uno.

— ¡Déjame a mí! ¡A mí no me vienen con payasadas!

— No vayas. No vale la pena.

— No viejo. Hay que reclamar. Sino nos van a creer huevones y nos van a cagar todas las semanas.

— No vayas...

— No pienso. Esto es una cabronada. Con esta plata no llegamos a vivir la próxima semana. Yo voy a reclamar. Pasa ese sobre.

Manuel lo detiene y le dice vehemente:

— ¡Espera... espera...! Mira a tu alrededor... ¿Ves a todos esos cesantes que estiran la mano...? Los industriales hacen lo que se les antoja con los trabajadores.

Los sindicatos están destrozados. Si me voto a pucho, allí tienen docenas de gallos cesantes para reemplazar-nos. Y ellos estarán felices de trabajar, aunque el gringo los haga comer mierda. Recuerda que estuvimos seis semanas sin pegar una sola baldosa. Paciencia... Hay que tener paciencia. Cuando me den la piscina vamos a bailar en una pata.

Luis escupe el suelo derrotado, Manuel le pasa un billete diciéndole:

— Toma, el resto es para la Hortensia y la movilización de la próxima semana.

— ¡Puchas viejo! ¡Putas el cumpleaños que me espera!

CAPITULO SEPTIMO

Manuel y Luis van caminando bajo la lluvia iracunda. Ya les queda una cuadra para llegar al hogar. Una cuadra interminable. Un barrial sin fin. Manuel se afirma en Luis, en el buen Luis, en el buen lazarillo. Sus pulmones flaquean. La rabia que acaba de pasar en la fábrica ha golpeado fuertemente su débil corazón. Unas grandes tenazas le apretan el pecho. Las piernas son resortes vencidos. La cabeza le arde. Nada parece tener consistencia. Si Luis no lo guiara quedaría dando vueltas, como trompo en el espacio sideral. Por fin llegan a la puerta.

Todas las mujeres salen a recibirlos y los miran con ojos expectantes. Son los ojos de los viernes alegres, cuando Manuel trae grandes trozos de carne y todos comen entre risillas, los jugosos asados. Recorren con la vista sus manos vacías y comprenden. Es viernes sin carne, es viernes triste. Manuel no les dice nada, sólo atina a buscar la cama, la cama amiga, la cama que conoce sus penas, alegrías y dolores, pidiéndole protección y calor como nunca antes.

Julia, en silencio, empieza a sacarle los zapatos y las calcetas. Le frota los pies. El se deja hacer como un niño, quejándose tenuemente, incrustando la cabeza entre los hombros, los ojos sin brillos y los brazos flácidos. La mujer lo desviste con callada ternura. Uno a uno va sacando los dos pantalones que lleva, dejándolo en los largos calzoncillos de franela, percutidos y raídos. Con la chomba aún puesta lo mete bajo las cobijas, le frota las manos. Le comunica aliento de su boca. Averigua en el pálido rostro y en las apagadas pupilas la verdad. Lo interroga ansiosa:

— ¿Qué te pasa viejo? ¿Qué te duele?

— ¡No se preocupe...! ¡Ya pasará, ya pasará!

Manuel, con gestos, pide el pantalón donde tiene la paga y le entrega a Julia el sobre con el dinero diciéndole:

— La próxima semana será mejor. Paga a la Hortensia, pero deja un poco para la movilización.

Julia envuelve en trapos, unos ladrillos calientes, recién sacados del brasero. Levanta las raídas sábanas y coloca los ladrillos calientes junto a los pies del enfermo. Regresa al centro de la habitación donde sus hijas rodean el brasero y dice:

— Oye Rosa... ¿Quién era la que tenía un termómetro por aquí?

— La señora Etelvina... pero se lo quebró el Tomacito, ayer no más. Pero yo le escuché a la Hortensia decir que tenía uno. Voy a pedírselo...

— Espera... espera... Toma, de pasada le pagas lo que le debemos y dile que tiene que seguir fiándonos desde ahorita mismo. Que la próxima semana será

mejor. Anda... Apúrate y pídele el termómetro que quiero saber si tu padre tiene fiebre... porque a mí me parece que la tiene y bastante... Anda y pide el termómetro... No... espera... no. Mejor ni le hablé del termómetro, porque si sospecha que Manuel está muy enfermo es capacito que no nos fie más. Esa guatona es peor que los chacales...

— No te preocupes... le diré que mi hijita tiene fiebre.

Julia inició una larga vigilia, cuidando el menor gesto de su marido, dándole remedios caseros y colocándole el termómetro cada media hora. No baja de los cuarenta. Manuel transpira copiosamente. Nadie habla. El silencio humano aplasta a todos. Sólo se escuchan quejidos, toses mezclados con el tronar de los relámpagos, el viento y la lluvia que azotan ese hogar.

Julia le coloca paños empapados en vinagre en la frente. Manuel es arrastrado por imágenes distorsionadas. De los ojos de Teresa, pasa a un hacha que corta gigantescos robles. Es él quien los corta, pero no caen nunca y si alguno llega a caer se yergue nuevamente, con más vigor. De un tren saltan luces que se le meten en el cerebro. Bueyes cansinos se convierten en tractores que lo amenazan con los filudos metales de sus arados. Julia ríe y baila. El trata de llegar a un río. Corre, corre, corre entre peñascos, perdido entre nieblas, en busca de un arroyo donde beber. Torrentes de agua se le escapan. Y corre y corre y corre, cayendo y levantándose, levantándose y cayendo en busca de esa agua cristalina, que le calme la terrible sed que le agrieta la garganta. Teresa lo besa, lo muerde, lo acaricia pero no

le allega esa jarra de agua fresca. Teresa le entrega sus grandes pechos que el chupa y chupa, pero no le quitan la sed. No puede llegar a las orillas del Lago Calafquén y beber.

Algo lo detiene. Lo aplasta. ¡Le tritura el corazón! De repente, todo es calma. La garganta no duele. No siente frío ni calor. El sol ilumina su tostada tes. Un viento suave mece sus negros cabellos. Se ve tendido en un prado verde. Unos corderitos blancos le lamen cálida y tiernamente su rostro sin edad.

Abre los ojos, indudablemente está en su cama, en su viejo catre de bronce. Unos rayos de sol entran por los resquicios de la puerta. Se siente aliviado y sereno. Lentamente se viste y sale al exterior.

Todos le sonrien, él les corresponde en igual forma. Julia le acaricia el cabello:

— ¿Cómo te sientes?

— Bien... muy bien... muy bien... Tráeme un pisito, me voy a sentar al solcito.

Julia le ayuda a sentarse de tal forma que quede mirando hacia la calle.

— ¿Desde cuándo que no llueve...?

— Desde el amanecer... gracias a Dios... ahora mira que sol...

— ¿Qué día es hoy...?

— Domingo...

— Domingo... domingo... ¿estás segura que es domingo... pero si yo me acosté el viernes apenas llegué... ¿qué pasó con el sábado?

— Estuviste muy afiebrado... ¿No lo recuerdas...?

— No... no... no... ¿Así que hoy es domingo...?

— Sí... domingo...

— Bien... bien... Mañana iré a trabajar entonces. Me siento bien. No me miren tanto. No soy ningún fantasma. Váyanse a hacer sus cosas. Déjenme aquí no más. Yo estoy con mis corderitos...

— ¿Qué dices...?

— Nada... nada... Déjenme en paz... yo me entiendo... yo me entiendo.

Todos le obedecen. El clava la vista en las nubes blancas que decoran un cielo muy azul. Más de alguna tiene formas cercanas a los tiernos corderitos.

“Qué rico está el solcito, debo parecer una lagartija comiendo solcito. Solcito de invierno calienta mi sangre vieja, solcito de invierno devuélveme la vida”.

CAPITULO OCTAVO

El lunes amaneció frío y nubarroso, pero eso no amilanó a Manuel y como siempre se levantó a las seis de la mañana y partieron al trabajo con su ollita de arroz con papas. El viejo va sentado en el bus con el rostro apegado a los vidrios mirando las mansiones del barrio alto. Golpea el hombro de Luis diciéndole:

— ¿Ves ese tremendo chalet...? Yo trabajé allí. Entonces era ayudante del maestro Farias. Y mira en lo que esta convertido ahora... ¡En un restaurante de comidas de chinos...! ¡Y era la mansión de un banquero muy renombrado, que comía con los presidentes de la república...! Tenía una pelaá muy brillante. Era raro como le brillaba la pelaá. Como si se lustrara el cráneo. Y a lo mejor se la lustraban los ricos entonces, porque recuerdo que siempre a los millonarios pelados, les brillaba la azotea, especialmente cuando aparecían en los noticiarios que pasaban en los cines. Treinta años atrás, los sitios por aquí eran muy regrandes... y más arriba del estadio italiano, puros potreros, pues. Recuerdo que por aquí vivían puros huasos, pero de repente

le dió a los ricos por venirse a estos lugares y arrancar del centro de Santiago. Y todavía siguen en lo mismo, para estar lo más lejos posible de nosotros, los rotos que vivimos en el poniente. Yo trabajé en muchas mansiones por estos lados. En ese chalet que recién dejamos atrás, colocamos unos baldosines chiquititos, igual a los que hay en las paredes del metro. Entonces los traían desde Japón, creo y venían pegados a unos cartones. Recuerdo también que tenía varias terrazas que embaldosamos con unas baldosas de treinta por quince de color rojo... si rojas... las llamaban palmetas... ya casi no se usan, pero entonces estaban de moda. Se colocaban trabadas y en cada trabazón llevaba un mono

— ¿Un mono? ¿Qué eran esos monos...?

— Eran unas baldosas de quince por quince, de color amarillo con dibujos negros, que representaban torres, reinas, leones y otras payasadas.

— ¿Deben haber sido muy complicados esos trabajos?

— Ya lo creo chiquillo. En esos años todo era más difícil. Había muchos tipos de baldosas y con muchos dibujos que hacían patear de rabia a uno. Había que estar muy atento porque si no quedaba la cagaá no más. ¡Y cuando a los jutres se les antojaban las famosas guardas...! ¡A putas! ¡ Ahí había que amarrarse bien los pantalones! Putas que hacían sufrir las guardas para poder compartirlas, para que quedaran del mismo ancho en las orillas de las paredes. También hueveaban mucho los arquitectos cuando les daba por poner huinchas de bronce entre baldosa y baldosa de mármol reconstituido, o en los descansos de las escalas o en las entradas de

los edificios! ¡Claro... entonces todo era más difícil...! Ahora es chancaca... pegar pastillas no más. Sí entonces todo era más difícil. Claro que te estoy hablando de treinta años atrás, cuando yo llegué a Santiago.

— ¿Ha cambiado mucho Santiago en treinta años?

— Por supuesto, chiquillo. Pero si cambia todos los días. ¿No te das cuenta que aunque haya tan poco trabajo, todos los días, nosotros los obreros de la construcción, estamos convirtiendo potreros en poblaciones y grandes edificios de departamento. Pero si cuando llegué a Santiago no había ningún edificio de veinte pisos. De todos cuando llegué a la capital me anduve mariando.

— ¿Te mariaste?

— Claro, pues. Me bajé del tren en la Estación Central, con mi saquito harinero al hombro, donde traía mis pirchas y salí a la calle. ¡Ay Diocito, casi me desmayo! Nunca había visto una calle tan ancha, con tanta gente y tantos camiones, buses y automóviles. Y tanta gente que caminaba de un lado pal otro como si estuvieran locos, dando codazos y estrellones duro y parejo. Y la tremenda bulla: Los comerciantes ambulantes que gritaban como afiebrados sus mercancías. Las micros, los autos y los camiones se batían a bocinazos. Me tuve que volver a la estación y me senté solito en un banco. Luego tomé aguita. Allí estuve como una hora reponiéndome, hasta que mis oídos se acostumbraron a esa bulla y loquerío. De a poquito me fui asomando nuevamente a la Alameda de las Delicias.

— ¿Qué es eso de la Alameda de las Delicias?

— Así le llamaban entonces a la Avenida Bernardo

O'Higgins. Por la flauta que me costó acostumbrarme al ruido de esta ciudad. Pero ya estaba aquí y a lo hecho pecho. Allá en mi tierra yo cortaba robles en la montaña, pero acá no había nada de eso. Así que entré a trabajar como gañán en las construcciones y dele palaás de tierra, arena, ripio y otras cosas. Subir y bajar por los andamios con ladrillos y mezcla para los albañiles y estucadores, o dele con la carretilla llena de concreto subiendo por las carreras de tablonés hasta el segundo o tercer piso, para concretar las lozas, o rellenar los armazones de madera del hormigón armado. El trabajo era duro y sin la fragancia de los árboles. Porque cuando se da un hachazo, en el bosque, no sólo saltan astillas, sino que también los olores más ricos del mundo. En cambio aquí el trabajo era pesado y sin ninguna gracia. Pero estaba en Santiago y podía juntar plata para comprarme ropas, zapatos, bebidas y cigarrillos. También podía ir a eso tan bonito que era ir a ver películas. Y podía andar por las calles pavimentadas, iluminadas con luz eléctrica y los avisos luminosos que me tenían maravillados al principio... después ya empecé a no darle pelota, aunque hagan los pestañeos que se les antoje. Yo caminaba feliz por las calles noches enteras, porque entonces se podía andar por las calles a cualquier hora, cualquier día y no te llevaban preso por hacerlo. De lunes a sábado trabajaba duro cargando o descargando sacos de yeso y cemento. Camionadas y camionadas de ladrillos o hacer lo que los jefes me mandaran sin chistar, hasta que llegué donde el maestro Farías.

— El maestro Farías fue el que te enseñó el oficio, verdad...?

— Sí. El maestro Farías fue un gran hombre. A él le debo todo lo que soy. Claro que la primera vez que lo ví no me gustó nadita.

— ¿Por qué?

— Me mandaron a trabajar con él. Que le pasara baldosas, arena y cemento, hasta unos balcones que estaba embaldosando en un tercer piso. Además que le hiciera mezcla y subiera agua y todo lo que él pidiera. El ayudante había tenido un accidente y a mí me mandaron a reemplazarlo. De partida el viejo me pareció un gallo de malas pulgas, exigente y apurón. Así que solicité al capataz que me librara de ese cahuinero y me mandara nuevamente a cargar sacos y mover la carretilla. Pero no quiso hacerme caso y me obligó a seguir con el baldosero y si no me gustaba me podía ir por la sombrita. Ante esa amenaza de quedarme sin trabajo tuve que agachar el moño y someterme a la yunta. Claro que por entonces no era tan difícil encontrar pega como ahora, pero tampoco era tan fácil que digamos. La primera semana trabajé requemao. Pero a la segunda me interesó el trabajo de ese baldosero que parecía tan feliz trabajando, ya que se llevaba cantando todo el día, a pesar de lo apurón que era para pedir más y más material. El viejo hacía cualquier cantidad de metros al día y ganaba mucha plata. Yo empecé a ayudarle con los cortes. Y como yo conocía de maderas, buscaba el palo más resistente, asentaba bien la baldosa en la arena, ponía el canto del listón sobre la línea que él había marcado y le daba un golpe seco con el martillo. Muy pocas veces me fallaban los cortes. El maestro Farías se entusiasmó conmigo y lentamente me fue en

señando la profesión. Los días de pago entrábamos a los restaurantes donde se juntaba con sus colegas y ellos me aceptaron gustosamente. Y con el tiempo nos hicimos grandes compinches. Después de seis años de ayudante y porque se enfermó muy mal, el maestro Farías, tuve que reemplazarlo y me nombraron maestro baldosero. El viejo Farías, mi gran amigo y maestro, se me murió un día jueves... lo enterramos un viernes y yo me curé hasta las patas. Había perdido un gran amigo... un padre... ¡el hizo más que mi padre, por mí! ¡Por la puta... siempre se muere lo que más quiere uno...! Igual que don Alberto...

— ¿También murió don Alberto...?

— No lo sé... Pero para mí fue lo mismo que si se hubiese muerto. Puchas que era un buen patrón, cuando andaba de buena. Siempre me daba trabajo. Pero los bancos lo hicieron quebrar y tuvo que arrancar...

— ¿Y dónde estará ahora...?

— Dicen que en Europa. Y desde entonces no pude mandarte más a la escuela. Perdona que haya tenido que llevarte a la construcción, cuando todavía eras un cabrito.

— Y eso qué. ¿Acaso olvidas que empecé a gatear entre las baldosas que colocabas?

— Sí... pero eso fue antes de encontrar a la Julia. Después ella te crió mientras yo trabajaba. Claro que todo tiene su lado malo y su lado bueno. Lo malo es que apenas terminaste las preparatorias... lo bueno es que ya casi eres un maestro hecho y derecho.

— Ya lo soy viejo... ya lo soy...

— Todavía no... todavía no... Todavía te falta prác

ticar con las gradas de granito, los azulejos, los mosaicos y otras tantas cosas que salen a veces. Pero... eso vas a tener que aprenderlo tú... por tu cuenta... porque yo ya estoy en las últimas...

— No digas eso viejo... no digas eso

— Yo sé lo que digo, chiquillo... yo lo sé...

A Luis se le anudó la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Al bajarse del bus, Manuel miró la cordillera totalmente nevada y dijo maravillado:

— ¡Puchas que está linda la cordillera... totalmente nevada, por la gran puta! ¡Si sigue así el mal tiempo, la nieve va a llegar aquí mañana mismo! O más rato... Yo huelo la nieve... me tinca que va a caer nieve ligerito.

En el invierno el frío pampéa en las construcciones. Sus muros exalan humedad. El viento corre endemoniado por pasillos y habitaciones sin puertas y ventanas. Los obreros sanos trabajan duro y muy luego empiezan a sudar y no sienten la dureza del clima. Pero a Manuel, ese viento, lo apabulla, se revuelve agresivo entre sus dedos entumecidos, lo presiona por las costillas, le tritura los pulmones con sus garras gélidas. Sin embargo él sigue obstinadamente colocando baldosas ese lunes a primera hora, para que cuando llegue el jefe, lo vea laborar y así compruebe que nunca deja de trabajar los lunes y que ha hecho suficientes méritos para que le entreguen la piscina. Esa piscina que está a escasos metros y sin embargo parece una meta imposible de alcanzar. La tos empieza a molestarlo y los dolores son a cada instante más insoportables. Nunca recuerda haberse sentido tan yermo, tan desvalido. Las manos

ya no obedecen. Se sienta en una ruma de baldosas y bebe un poco de agua.

El cuidador toma su fierro y hace sonar estrepitosamente el triángulo con alarmante repetición.

Padre e hijo se miran sin comprender. Manuel entre quejidos pregunta.

— ¿Ya son las doce?

— Como se le ocurre si no hace dos horas que llegamos... No deben ser más de las diez de la mañana.

— Se habrá vuelto loco el cuidador... y mira como hace sonar el fierro. Anda a averiguar que le pasa a ese, perro, chiquillo.

Luis y muchos otros llegan hasta donde está el cuidador, quien gritaba con el rostro congestionado.

— Todos los trabajadores tienen que ir inmediatamente al galpón donde comen. El jefe de la obra tiene una orden muy importante que darles. Es una orden urgente. ¡Y todos tienen que ir inmediatamente al galpón!

Manuel, apoyado en Luis, llegó al punto de reunión, arrastrando sus débiles piernas. Ya estaban allí todos los obreros preguntándose unos a otros el motivo de tan inesperado altop en sus respectivos trabajos.

El jefe de la obra se subió a un cajón de madera y desde allí miró a todos y con rostro demudado y voz entrecortada comenzó a hablar.

— Amigos... ustedes se estarán preguntando cuál es el motivo que haya para que los reuna así tan urgente. Pues bien... Les tengo una muy mala noticia. Vengo llegando de la gerencia de la empresa constructora y de allí les traigo, como ya les dije... una muy mala noticia...

— Y cual es esa mala noticia... Lárguela luego, pues jefe —gritó uno—.

— Bien amigos... Aquí va... Desde este momento esta obra se paraliza.

— ¡No puede ser! —Gritó un contratista de instalaciones eléctricas—.

— ¿Cuál es la causa...? preguntaron varios.

— ¡Yo tengo que hacer la piscina! —gritó Manuel.

— ¡Se acabó señores! ¡Esta obra queda paralizada en este mismo instante, por orden superior de la gerencia de la constructora!

— Pero, ¿por qué? —preguntó Luis—.

Todos apoyaron esa pregunta y exigían una respuesta clara y precisa. El jefe de obra, después de muchos titubeos y sobarse las manos friolentas dijo.

— No estoy autorizado a darles a ustedes las razones... Pero como estimo mucho a muchos de ustedes se los voy a contar. Pero si alguien dice que yo lo dije, lo negaré y al julano que ande con el chisme, no le permitiré que trabaje en ninguna obra que yo dirija, por huevón y cahuinero. ¿Entendido? Bien. Lo que pasa amigos es lo siguiente. El caballero que mandó construir esta lujosa mansión huyó al extranjero ayer domingo.

— ¿Y no era una persona tan importante? — preguntó Manuel—.

— Era... era... hoy en día se cambia muy rápido de estatus. El hombre tenía grandes empresas, pero la semana pasada quebró y le quedaban dos caminos; se pegaba un tiro o huía al extranjero. Ayer domingo se largó con toda su familia al Africa del Sur. Esta situa

ción va a crear grandes problemas a nuestra empresa y yo espero que no nos haga quebrar a nosotros. Por eso se paralizan inmediatamente los trabajos aquí. Los trabajadores que están contratados directamente por nuestra empresa pasen a mi oficina, para asignarse nuevos lugares donde empezarán a laborar mañana mismo. Los que trabajan con contratistas que se dirijan a donde ellos y los contratistas a las oficinas de la gerencia.

— ¿Y nosotros los baldoseros? —pregunta Luis—.

— Ustedes vayan a su fábrica. Por lo demás ellos ya saben lo ocurrido. Ustedes los baldoseros gasten la mezcla que les quede y vayan a su fábrica.

— ¡Pero es que yo iba a colocar los azulejos en la piscina...!

— ¡Olvidese de eso señor! Aquí ya no se labora más. Este es el último lunes aquí. Eso es todo amigos y lo siento. Espero volver a ver a más de alguno de ustedes en la próxima obra que dirija. Eso es todo, pueden irse.

Manuel y Luis regresan derrotados:

— Gastemos la mezcla, chiquillo y nos vamos. Putas que tenemos mala pata. Ni miao de perros que estuviéramos.

Manuel toma una baldosa y la golpea con furia y maldice:

— ¡Maldita sea mi suerte! ¡Maldito jutre que huyó! —arrojó lejos su querida plana— ¡Malditos doctores que no me sanan! —con la hachuela hizo añicos la baldosa, su furia va en aumento— ¡Maldita muerte que no me lleva de una vez, sino que la muy infeliz

me va matando lentamente, como si gozara enterrándome sus garras y sus colmillos filudos! —rompe desesperado sus lienzas— ¡Por qué la muerte es así...! ¡tan crestoná... tan infeliz! —lanza contra un muro su hachuela— ¡Maldito sea mi destino! ¡Maldito sea el día que nací! ¡Ay, mi corazón va a estallar...! ¡Maldito sea este corazón de mierda que no me deja vivir! —se levanta y a trastabillones, iracundo, se dirige hacia la piscina, se detiene en el borde y le grita.— Yo quería ponerte los azulejos. Pero un ricachón que no conozco, se largó... por qué mierda no pudo esperar a que yo colocara los azulejos. ¿Que tengo yo que ver con que a él lo hayan cagao?, como ya lo hicieron con don Alberto. ¡Hasta cuando los patrones me cagan así! ¡Hasta cuando... hasta cuando! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡mi corazón...!

Manuel lanza un tremendo grito, un grito aterrador y cae sin vida. Los dedos de su mano izquierda quedan como garfios agarrados a las paredes de la piscina.

Blancos y leves copos de nieve empiezan a caer sobre su cadáver.

Fin



"El Ultimo Lunes"— nueva novela de Luis Cornejo— es una obra donde su autor nos retrata la vida de los obreros de la construcción. Escrita con un estilo lúcido y oscuro a la vez, posee una fuerza interior arrolladora, no exenta de poesía y franco patetismo.

Cornejo escribe sin temor sobre estos seres patéticos, marginales, a veces tiernos, a veces brutales pero siempre vívidos y sorprendentes.

"El Ultimo Lunes" es una narración áspera, lacerante y cruel, pero valiosa y enriquecedora dentro de la literatura obrera chilena. En fin, un relato estremecedor que el autor de **"Barrio Bravo"** debía a sus lectores.